

A romantic couple is featured in the upper half of the image. The man, on the left, has a beard and is wearing a blue and white striped shirt. The woman, on the right, has long brown hair and is wearing black-rimmed glasses. They are both looking towards the right. The background is a soft-focus landscape with rolling hills and trees in autumn colors (yellows, oranges, and reds) under a cloudy sky. The overall mood is intimate and serene.

Annabeth Berkley

UN NUEVO

comienzo

Un nuevo comienzo

Un nuevo comienzo

ANNABETH BERKLEY

© 2021, Annabeth Berkley

ISBN: 9798465791021

Correcciones: Yolanda Pallás

Diseño de cubierta: Roma García

Imágenes compradas en Adobe Stock

Impresión independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tengo un regalo para ti:

Antes que nada, muchas gracias por querer leer mi novela.

Sinceramente espero que te guste, y si es así, me encantaría que me dejaras un testimonio al respecto en las redes sociales.

Quiero agradecerte tu confianza invitándote a descargar gratuitamente el libro «Una pasión escondida» de la serie Edentown, en este enlace:
<http://www.annabethberkley.com/descarga-una-pasion-escondida/>

Disfruta de la lectura

¡¡Un abrazo!!

Annabeth Berkley

Con todo mi cariño y admiración hacia todas aquellas personas a las que la vida les ha obligado a reinventarse.

*“Aunque nadie puede volver atrás y hacer un nuevo comienzo,
cualquiera puede comenzar a partir de ahora y hacer un nuevo final”.*
María Robinson

Un nuevo comienzo

Era sábado por la mañana. Brooke Sawyer estiró los brazos perezosa. El sol entraba por la ventana de su dormitorio y no tenía ninguna prisa por levantarse. Ya madrugaba demasiado durante la semana para ir a trabajar como profesora al instituto como para hacerlo también el fin de semana. Miró el reloj digital de su mesilla. Marcaba las nueve de la mañana. Aun así, ya había dormido suficiente, pensó sonriente.

Se levantó con calma. No tenía ningún plan más que seguir estudiando el último máster online al que se había apuntado. Esta vez era sobre Igualdad de género, algo que le parecía muy interesante y que, sin duda, le ayudaría a mejorar de alguna manera a la hora de impartir sus clases. El anterior que había cursado sobre Inteligencia Emocional, lo estaba poniendo en práctica con grandes resultados.

Bajó las escaleras tranquila y satisfecha mientras se recogía su larga y ondulada melena oscura en una coleta. Fue a prepararse un café en la cocina, cuando se quedó parada. ¿Había visto algo al pasar por el salón? Retrocedió sobre sus pasos y se quedó quieta en la puerta. No podía ser cierto.

—¿Dan? —preguntó con el ceño fruncido.

El hombre alto y rubio que estaba en el salón con los brazos de jarras y cabizbajo cogió aire antes de darse la vuelta y mirarla.

—Brooke —le dijo a nombre de saludo.

Brooke le miró boquiabierta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—También es mi casa —le recordó con una sonrisa cínica.

Brooke notó que una rabia tremenda se apoderaba de ella. Una rabia que se acentuaba al ver que seguía siendo tan guapo y atractivo como recordaba. Debería estar prohibido ser perfecto, pensó malhumorada.

—¿Qué pretendes? —le preguntó airada—. No pensarás quedarte aquí.

—¿Por qué no? —le preguntó insolente aparentando diversión—. Esta casa es muy grande para ti sola y la mitad es mía. Así que tengo el mismo derecho que tú.

Brooke entró en el salón con los brazos en jarras, en la misma posición que él y miró la colección de maletas y mochilas deportivas que había a su alrededor.

—Pero ¿para cuánto tiempo has venido? ¿Es que piensas quedarte todo el verano?

Dan Sullivan hizo un gran esfuerzo para no decirle lo que realmente pensaba de semejante recibimiento. Apretó los labios con fuerza para evitar que varias palabras malsonantes salieran por su boca. Bastantes problemas tenía en su vida como para tener que lidiar con una solterona frígida y amargada, pensó ocultando la furia que sentía. Tenía tanto derecho como ella a vivir en esa casa y estaba decidido a ejercerlo.

—Podría decirse que sí —le confirmó ocultando que iba a quedarse más tiempo—. Así que si tienes algún problema al respecto es cosa tuya. No te voy a quitar la habitación, me quedaré con la del final del pasillo.

Dan pasó por su lado, cogió dos maletas y subió por las escaleras sin mirarla.

Brooke lo vio subir, incrédula. Eso no podía ser cierto. No podía estar sucediendo de nuevo. Pero lo peor de todo era tener que darle la razón. Realmente tenía el mismo derecho que

ella a estar allí. Su tía se había casado con el tío de él en segundas nupcias, habían comprado la casa juntos y ambos la habían heredado a partes iguales cuando ellos habían fallecido en accidente de tráfico hacía unos diez años.

Fue a la cocina muy molesta. Abrió el armario donde tenía el café y cerró la puerta con fuerza. Preparó la cafetera con movimientos secos y bruscos mientras murmuraba todas las groserías y palabras malsonantes que le nacían de dentro.

Dan volvió a por el resto de su equipaje y miró hacia la cocina donde una visiblemente malhumorada Brooke preparaba el café. La observó con una mueca. Iba descalza y con un pijama veraniego de dos piezas. Tuvo que reconocer que el tiempo la había tratado bien. La chica que había conocido e ignorado en el instituto se había convertido en una mujer atractiva y por lo menos ya no se escondía tras las horribles gafas de pasta que llevaba siempre y sus oscuras ropas dos tallas más grandes.

Ahogando un suspiró subió otras dos maletas. Ella no iba a sacarle de allí y eso lo tenía claro. Él había vuelto a Edentown para quedarse, por lo menos de momento y la casa era suficientemente grande para los dos como para no tener que mirarse siquiera. Sonrió con ironía. En la casa podrían no cruzarse, pero ella no parecía saber que iba a trabajar el año siguiente como entrenador del equipo de beisbol del instituto donde ella daba clases. Hizo una mueca. Si no lo quería ver era su problema.

Él debía preocuparse por él, por rehacer su vida, por pensar en su futuro. Necesitaba tranquilidad, espacio, calma, y estaba seguro de que en Edentown iba a encontrarlo. Su última lesión en el campo de juego había acabado definitivamente con su carrera deportiva. Aún no había saltado la noticia a los medios, y no sabía cuánto tardaría en hacerlo. Había contactado con el entrenador de su instituto para conocer la posibilidad de entrenar a los estudiantes. Para él había sido muy humillante, pero quería seguir vinculado al beisbol y era lo primero y lo único que se le había ocurrido.

Afortunadamente el entrenador Mitchel iba a jubilarse al año siguiente y se sintió muy afortunado de cederle el puesto sin tener que preocuparse por nada más. Dan se había propuesto que fuera temporal mientras pensaba qué hacer con el resto de su vida. No había sido justo que todo su futuro se desmoronara por una estúpida lesión. Y no le había gustado nada tener que decir adiós al éxito y a la fama.

Los contratos publicitarios habían desaparecido. Las llamadas para asistir a las galas deportivas se habían esfumado. Las citas con las modelos y actrices del momento se habían cortado por lo sano, y las pocas entrevistas que había tenido en los últimos dos meses habían sido para preguntar maliciosamente por su declive profesional y personal.

Poco después de su accidente había estado en Edentown para el evento deportivo que se había organizado en primavera. Había recordado lo que era un hogar, lo que era estar rodeado de gente que lo conocía desde siempre. Se había sentido aceptado incluso por antiguos compañeros del instituto y eso que reconocía que en su juventud se había comportado como un auténtico idiota.

Ya no había vuelta atrás, pensó cerrando la puerta de la habitación en la que iba a quedarse. ¿Qué había hecho Brooke con esa habitación? Pintarla en amarillo y combinarla con tonos azules. Hizo una mueca. Era demasiado femenina para su gusto. Demasiado luminosa, demasiado alegre.

Pensó en su elegante y lujoso apartamento en la ciudad. Tenía que pensar qué hacer con él. Lo había cerrado con la esperanza de poder volver algún día, pero sabía que las estrellas de

beisbol lesionadas tenían una vida muy fugaz, y más cuando dejaban de jugar en mitad de la temporada. Maldijo la lesión que le había sesgado su carrera deportiva y maldijo la soledad tan grande que sentía.

Se sentó sobre la cama. Si por lo menos Erin no hubiera empezado a salir con el médico ese del que parecía que estaba tan enamorada... Su eterna novia del instituto, tan bonita, tan encantadora... siempre había estado a su lado. Le había seguido a la universidad y él se había portado con ella como el egocéntrico irresponsable que era. La había abandonado embarazada... Por entonces le había parecido bien. No iba a cargarse con una mujer y un crío cuando empezaba a lanzarse su carrera profesional. Pero ahora no tenía tal carrera, ni a Erin ni al niño que había perdido poco después de descubrir que estaba embarazada.

Se dejó caer, resbalando, desde la cama hasta la alfombra del suelo. No se podía sentir peor. Estaba completamente solo. Sus padres se habían mudado a la costa hacía tiempo. Llevaban su propia vida. Él no iba a preocuparles con sus problemas. La tristeza le arrasó los ojos llenándolos de lágrimas. Quizá solo fuera una mala racha, pensó. Además, Dan Sullivan no tenía problemas, se repitió como tantas veces el último mes. Estiró el brazo hasta una de sus mochilas. Abrió la cremallera y sacó la botella de *whisky* que había comprado poco antes de llegar a Edentown.

Miró por la ventana. El sol lucía radiante, ajeno a todo lo que sentía, pensó malhumorado. Abrió la botella. Sabía que era demasiado temprano para beber. Sabía que no solucionaba nada entregándose al alcohol. Ya había comprobado que tampoco le servía como vía de escape. Sabía que ni siquiera le convenía hacerlo. Pero le dio igual. Todo le daba igual.



El café no había hecho que el malhumor que sentía Brooke se desvaneciera. Subió a darse una ducha sin comprender qué pretendía Dan quedándose allí en Edentown. Esperaba que no hubiera vuelto por Erin. Erin McNamara era muy feliz con Dylan Blake. Ya les había ocasionado problemas en su anterior visita para la celebración del evento deportivo. No iba a dejar que les volviera a fastidiar. Ella sentía mucho aprecio por su inseparable compañero de instituto y aunque, a veces, todavía le molestaba que Erin fuera tan encantadora y perfecta se alegraba por ambos.

Se metió en el cuarto de baño para ducharse. Dan Sullivan no iba a interferir en sus planes de fin de semana. Abrió el grifo del agua. Los pocos días que había estado Dan en la primavera y en los que también se había empeñado en compartir la casa con ella, apenas habían intercambiado unas pocas palabras. Dan tenía demasiada vida social en Edentown, y cuando no estaba alternando con alguien se encerraba en la habitación.

Brooke recordó que le había sorprendido bebiendo solo en casa más de una vez, pero no le prestó mayor atención. Siempre había ido un idiota egoísta y prepotente. Aunque, tenía que reconocer a regañadientes que, desde que había vuelto a verlo casi sentía pena por él. Todo lo extrovertido, sonriente y exitoso que parecía, desaparecía al entrar en casa. Se encerraba en el dormitorio que había escogido como propio y no lo volvía a ver hasta el día siguiente con otra radiante sonrisa segundos antes de pisar la calle.

También recordó los días de instituto cuando él era el capitán del equipo de beisbol. Popular, atractivo a más no poder y el que se llevaba todas las miradas de las estudiantes. Ella no

lo soportaba. Siempre sonriendo, siempre tan guapo, siempre tan atento con su eterna y perfecta novia, la capitana del equipo de animadoras. Jamás se había fijado en ella.

Resopló molesta. No iba a conseguir estropearle el fin de semana. El agua de la ducha empezó a salir fría, motivo perfecto para salir de allí, secarse el cabello y empezar a estudiar su máster. Y, por supuesto, ignoraría a Dan, como siempre había hecho.



A media mañana, Brooke levantó la vista de su ordenador. Llevaba un rato intentando concentrarse, pero no había manera. No podía dejar de pensar en Dan, que aún no había salido de su dormitorio. Le daba igual, se mintió tratando de volver a centrarse sin éxito en el temario tan interesante de su máster. Volvió a resoplar. Así no podía estudiar.

Fue a la cocina a coger una manzana, como se obligaba a hacer a mitad de mañana desde hacía una semana, y buscó una excusa para subir al piso superior. Su cama. Tenía que hacer la cama. Dejó la manzana sobre un plato encima de la mesa y subió tratando de escuchar posibles ruidos en la habitación de Dan, pero no oía nada. Se acercó a la puerta y pegó la oreja. Todo estaba en silencio. Quizá estuviera dormido y no roncaba. Resopló. Era perfecto incluso cuando dormía, pensó molesta.

Fue a hacer la cama de su bonito e impecable dormitorio y salió dispuesta a seguir estudiando. Mientras Dan durmiera, ella podría estar tranquila en el salón.

Al mediodía, Brooke comió sola y a mitad de tarde decidió salir a dar un paseo. Se arregló ligeramente y fue caminando hacia el lago. No había quedado con nadie. Seguía siendo una solitaria, o eso quería pensar ella. No le costaba relacionarse. Incluso si se encontraba con alguien podía sentarse a tomar un café sin ningún tipo de problema, pero nunca había tenido esa amiga íntima o ese grupo de amigas con las que hablar de chicos. No le había interesado, pensó.

Su mejor amigo del instituto había sido un chico tan solitario como ella, Dylan Blake, pero había vuelto a Edentown hacía unos meses y no solo estaba ocupado trabajando como médico allí, sino que había empezado a salir con Erin y les iba de maravilla.

Se compró un par de cupcakes en la pastelería de Carolyn. Elegir los sabores siempre le llevaba un tiempo, así que casi oscurecía cuando llegó a casa.

Conforme entraba, oyó ruido en la cocina. Por fin Dan había salido de su dormitorio, pensó.

Lo encontró mirando en la nevera, sin camiseta, en vaqueros y descalzo y el impacto fue más fuerte de lo que esperaba. Ese torso tan perfectamente musculado solo lo había visto en los modelos o actores de las revistas que a veces quitaba en clase a las adolescentes del instituto.

Notó como se sonrojaba, pero no podía apartar la mirada de él.

Dan resopló al cerrar la nevera. No le apetecía comer ensalada ni brotes de soja, ni hummus, ni fruta. El contenido de esa nevera era tan frío e inapetente como la mujer que había hecho la compra, pensó con una mueca.

La vio parada en la puerta con una bolsa de papel en la mano.

—¿De verdad que esto es lo que comes? —le preguntó molesto.

Brooke salió de sus pensamientos y entró en la cocina.

—Sí —le respondió dejando la bolsa con los *cupcakes* sobre la mesa—. Si pretendes que haya otras cosas tendrás que comprarlas tú.

Bastante le estaba costando llevar la vida sana que se había propuesto hacía siete días exactamente, como para que alguien la tentara metiendo en la nevera comida deliciosa y calórica. Ya se permitía de vez en cuando un dulce, reconoció. Se sirvió un vaso de agua de espaldas a él. Necesitaba refrescar el calor que sentía.

Dan cogió la bolsa de *cupcakes* y cogió uno sin pedir permiso. Antes de que Brooke pudiera reclamarla como suyo, Dan le había dado un mordisco.

—¿Eso es lo que piensas comer en todo el día? —le preguntó quitando de su alcance la bolsa con el otro *cupcake*.

—No tienes nada en la nevera.

—No te esperaba —le respondió—, y además, tú no vives aquí, ¿por qué iba a tener algo para ti?

Dan se había apoyado en la encimera saboreando el *cupcake* de chocolate relleno de más chocolate. Estaba delicioso.

—¿Y si viniera tu novio a cenar? ¿Qué ibas a prepararle?

Brooke lo miró enarcando una ceja. ¿A qué novio se refería?

—Ya... —murmuró Dan mirándola de arriba abajo sin disimulo alguno.

El vestido sencillo que llevaba marcaba una bonita silueta. Su melena era tan oscura como sus ojos y la horrible montura de sus gafas de pasta, de las que creía, equivocadamente, que se había desecho. Podría considerarla atractiva sino fuera porque su gesto siempre era serio y frío. Nadie podría tener la necesidad ni el interés en acercarse siquiera un poco más a ella.

Brooke fue muy consciente de su mirada. A ella le costaba mantener la mirada fija en sus ojos vidriosos, porque continuamente se sentía tentada a recorrer con ella su cuerpo atlético. Debería estar prohibido tener un cuerpo así, se dijo enfadada.

—¿No tienes el teléfono de la hamburguesería de la plaza?

—¿Por qué iba a tenerlo? —le preguntó molesta dándole la espalda—. Y más te valdría vestirte. No se puede ir medio desnudo por la casa.

Dan sonrió divertido. Siempre la había considerado una mojigata y estaba claro que lo era.

—Te recuerdo que es mi casa y puedo ir como me dé la gana.

—Pero no vives solo —se giró para enfrentarlo—. Con el montón de dinero que tienes ¿Por qué no te compras una casa para ti solo?

Dan la miró sorprendido por la pregunta. Sí, tenía mucho dinero ¿y qué? Algún día se acabaría, pensó. Los ingresos se le habían cortado de golpe, pero nadie lo sabía, por supuesto.

—¿Y por qué voy a comprarme una si ya tengo esta?

—Porque aquí estoy yo.

—¿Y qué? ¿Vas a llenar esta casa de hombres cada noche y montar escandalosas orgías? Lo dudo —le comentó con una mueca mientras ella se sonrojaba—. A mí no me molestas.

—Pero tú a mí, sí.

—Pues ese es tu problema —le respondió dejando el papel que envolvía la magdalena sobre la mesa.

Brooke resopló enfadada.

—No dejes las cosas por medio —le ordenó cogiendo el envoltorio y abriendo la puerta bajo el fregadero para tirarlo a la basura.

Vio dos botellas vacías de whisky en la papelería y se quedó parada.

—¿Has estado bebiendo?

—¿A ti qué te importa? —le preguntó saliendo de la cocina.

—En esa casa, el vidrio se recicla —le dijo levantando la voz para que le escuchara.

Dan fue al salón a sentarse frente al antiguo televisor que había en el mueble de la pared. No se había fijado en lo clásica que resultaba en general la casa. Clásica, impecable e imoluta, pensó. Como Brooke. Encendió la tele mientras reparaba en el ordenador y en los dos libros que había junto a él sobre la mesa.

—¿Y tú has estado estudiando? —le preguntó al oírla entrar en el salón—. ¿No tienes nada mejor que hacer un sábado?

—¿Me quieres hacer creer que beber encerrado en el dormitorio es mejor que estar estudiando?

Dan le mantuvo la mirada. Mejor no era, pero estudiar nunca le había parecido especialmente divertido. Brooke recogió el ordenador y sus libros y los dejó sobre un pequeño escritorio que había habilitado en un rincón del salón.

—¿Y por qué tienes una televisión tan antigua? El siglo XXI no parece que haya entrado en esa casa —le preguntó molesto.

—¿Te recuerdo que aquí vivo yo sola?

—Vivías tú —le corrigió cambiando de canal.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —le preguntó con los brazos en jarras.

—El que me dé la gana.

—¿Cómo? ¿Estás pensando en quedarte aquí? ¿En Edentown? ¿Y tu carrera deportiva? ¿Y tus compromisos? —le preguntó con sorna—. ¿O tus anuncios para la televisión o las revistas? ¿Y tus citas con las modelos de turno o las actrices de moda?

Dan le mantenía la mirada, serio. Brooke notó un brillo extraño en sus ojos. ¿Qué estaba pasando allí?

—Veo que conoces mi vida.

—¿Cómo no hacerlo si estás donde quiera que mire? —exageró.

Dan fijó su mirada en la televisión.

—¿No tienes ningún canal de pago?

—No —le respondió más calmada.

Le había dado la impresión de que Dan tenía algún problema del que ella no sabía nada y no era cuestión de meter el dedo en la herida.

Decidió dejarlo allí solo. Se preparó un sándwich rápido en la cocina con lechuga, tomate y un poco de jamón de pavo y decidió subir a comérselo a su dormitorio. No quería volver a discutir con Dan y parecía que no sabía hacer otra cosa. Además, prefería la compañía de un buen libro antes que estar sentada con Dan medio desnudo. Se sonrojó recordando su musculatura. ¿Cómo sería tocar esos abdominales? ¿O el estar entre sus brazos? Acalorada decidió huir y esconderse en su dormitorio.

Dan oyó cerrarse la puerta del piso superior. Bufando se acercó a lo que parecía el mueble bar y lo abrió sin mucha esperanza. Agradeció encontrarse media botella de ron sola en el pequeño mueble. Probablemente llevaría mucho tiempo allí, pero le serviría para esa noche.

Fue a la cocina y rebuscó entre los armarios. Debía haber algo apetecible, pensó. Se conformó con una caja de galletas de chocolate y avena según ponía en el paquete. Volvió al salón y se sentó frente al televisor.

El reencuentro con su pasado no le había resultado nada cómodo. Esperaba que el lunes, cuando fuera a hablar con el entrenador del equipo de beisbol del instituto, las cosas fueran

mejor. Tenía previsto alegar que se había tomado un tiempo para reencontrarse a sí mismo. Eso, fuera lo que fuera lo que significaba, siempre quedaba mejor que decir que su carrera deportiva, lo único que le había interesado en la vida, se había acabado... aunque la prensa no tardaría en hacerlo oficial y todo Edentown lo sabría.

Debía reponerse cuanto antes, se recordó. No iba a consentir que nadie le tuviera lástima. Prefería seguir siendo el jugador de beisbol famoso que era para todos, suspiró. Pero pensaría en eso otro día, se dijo mientras buscaba en algún canal algo interesante que ver.



Brooke abrió los ojos a duras penas y miró el reloj de su mesilla. Las tres y diez de la madrugada. No recordaba haber oído subir a Dan. Prestó atención y le pareció oír la televisión encendida. Eran las tres y diez, confirmó. ¿Qué horas eran esas de estar viendo la tele?

Se levantó y bajó las escaleras con ganas de discutir con él, pero se quedó parada nada más entrar al salón. La única botella de alcohol que tenía en casa y que a veces utilizaba para cocinar estaba vacía. El paquete de sus maravillosas galletas de avena también, cosa que no le hizo ninguna gracia. Dan parecía haberse quedado dormido en el sofá. Se acercó sigilosa. La luz de la televisión le permitía observar con detalle su pecho musculoso y se recreó mirándolo. Dormido seguía tan atractivo como siempre, pero a la vez, lo sentía vulnerable.

Podía tener el cuerpo de un dios, pero no dejaba de ser un hombre, pensó. Se arrodilló a su lado. Lo despertaría para que se fuera a dormir a la cama. Si no lo hacía, al día siguiente tendría un considerable dolor de espalda. Podía rozarle los abdominales, pensó ruborizada. Lo hizo con mucha suavidad y él no se despertó. Le puso la otra mano en su brazo, consciente del calor que emanaba de él y del fuerte músculo que estaba tocando.

Brooke sintió una corriente de calor recorriendo su cuerpo. Susurró su nombre para despertarlo sin sobresaltos, pero él no parecía reaccionar. La mano que había acariciado los abdominales descansó sobre ellos. Brooke contuvo la respiración. Sabía que no debía estar pensando ni sintiendo lo que pensaba y sentía, pero nadie tenía por qué enterarse.

Lo zarandeo con suavidad. Él murmuró algo entre sueños. Se movió ligeramente. La sujetó con suavidad por la nuca y la boca aprisionó la suya posesiva y caliente. Brooke se sobresaltó. Por unos segundos se dejó llevar. Sabía a ron... Se echó hacia atrás sorprendida quedando sentada en el suelo sin dejar de mirarlo. Todo su ser latía con fuerza. Dan seguía dormido.

Ella parpadeó asombrada. No estaba dispuesta a acercarse de nuevo a él. No en esas condiciones. No estaba preparada para algo así... Buscó el mando de la televisión, la apagó y subió las escaleras para esconderse bajo las sábanas de su cama.

Dan no recordaba cómo había llegado a su dormitorio. Supuso que a alguna hora de la madrugada. Tenía un dolor de cabeza terrible. Cogió del cajón de la mesilla el botecito redondo con pastillas. Era lo único que había sacado de la maleta el día anterior, la medicación que debía de tomar para el dolor. No tenía ninguna botella de agua a mano y resoplando bajó a la cocina.

El trago de agua le despertó un poco más. Recordó que se había quedado viendo la televisión por la noche, pero no recordaba haberla apagado. Fue hacia el salón y vio a Brooke

sentada en el sofá descalza, con las piernas encogidas mientras miraba embelesada algo en el ordenador.

Tenía el cabello recogido en una coleta y su flequillo caía hasta las gafas. Llevaba una sencilla camiseta y un cómodo pantalón de chándal. Parecía preparada para pasar todo el domingo en casa... ¿estudiando? Había que tener demasiada fuerza de voluntad para ello, pensó admirado.

En el instituto siempre le había llamado la atención. Era muy frecuente verla con libros entre las manos y parecía que le gustara aprender, además de que debía tener facilidad para ello. Siempre había creído que era muy inteligente, y seguro que cuando estaba de buen humor era sencillo hablar con ella durante horas.

Afortunadamente, el tiempo se había llevado las ropas anchas y de color oscuro que llevaba siempre, y ahora vestía mucho mejor, pensó por lo que recordaba de las pocas veces que la había vuelto a ver desde entonces.

Brooke reparó en él y lo miró de reojo sin moverse.

—¿Qué? —le preguntó seria.

Dan negó con la cabeza. Había olvidado su carácter amargado. Decidió ir a darse una ducha antes de buscar algo que desayunar. Pero algo bueno, pensó. Algo apetecible, y no lo que había en esos armarios.

Brooke se relajó cuando lo escuchó bajo la ducha. Temía que él recordara el beso de la noche anterior, pero por lo visto, no lo había hecho. Habría sido un poco incómodo para los dos. Decidió concentrarse en su máster. Iba un poco retrasada según su planificación, pero esperaba ponerse al día ese domingo.

Poco después lo vio bajar. Se había puesto unos vaqueros claros y una camiseta gris que le marcaba sus bíceps. Lo vio dar unos saltos antes de salir por la puerta y se encogió de hombros extrañada.

Se obligó a dejar de pensar en él y a centrarse en la pantalla del ordenador.

Un par de horas más tarde empezó a preparar la comida. No sabía si Dan iría o no a comer, si pensaba comer con ella, si le gustaría siquiera la quinoa que pensaba cocinar. Resopló impaciente. Estaba empezando a recordar lo que era compartir piso. En su época universitaria lo había hecho y se había prometido no volver a hacerlo. Y allí estaba. Diez años después, en una situación parecida. Esperaba que, por lo menos, durara poco tiempo.

Comió sola la quinoa con verduras que se había preparado y guardó las sobras en un plato en la nevera. No podía evitar preguntarse dónde estaría Dan, dónde habría ido. Esperaba que no volviera a por Erin. Ella estaba muy bien con Dylan.

A mitad de tarde decidió ir a dar un paseo por el lago. Ya no podía concentrarse más. Cambió su ropa de estar en casa por unos vaqueros y una camisa y salió distraída. Probablemente volvería a pasar por la pastelería de Carolyn y se compraría algún *cupcake*. El fin de semana era comprensible darse caprichos, se dijo para convencerse de que era buena idea.

Había niños jugando con la pelota, perros corriendo, acompañando a sus dueños, parejas paseando de la mano... sus ojos encontraron a Dan nada más mirar hacia los bancos de madera que invitaban a sentarse durante el paseo. Estaba hablando muy animado con otros chicos más jóvenes. Estaba sonriendo y le sorprendió verlo tan distinto de como lo había visto en casa.

Evitó pasar cerca de él y continuo su paseo, tranquila.



Por la noche, Brooke había preparado ya la clase del día siguiente. Había elegido la ropa que se iba a poner para ir al instituto y se había dejado la comida preparada. Se había puesto al día con todo lo que quería estudiar y se sentía satisfecha con ella misma.

Iba a subir a acostarse cuando vio a Dan entrar por la puerta y apoyar la cabeza en ella en cuanto la cerró. Lo miró extrañada.

Dan soltó el aire que había contenido. Se había encontrado con muchos conocidos que se habían alegrado de verle. No había tenido el valor de decirles que iba a quedarse. Al día siguiente hablaría con el entrenador, y en cuanto firmara el contrato supuso que la noticia correría por todo Edentown. Siempre era mejor fingir que había sido decisión propia por querer volver a sus raíces y hacer algo por la comunidad o por los jóvenes de allí, que aceptar que su vida se había vuelto del revés y no sabía dónde esconderse. Maldijo la lesión de su rodilla y se giró para ir al salón y tumbarse a ver la televisión.

Vio a Brooke mirándole extrañada.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Sí —le respondió él esquivándola para entrar al salón y tumbarse en el sofá.

—Descálzate por lo menos —le regañó ella.

—Eso iba a hacer —le respondió con una mueca mientras cogía el mando de la televisión—. Mañana haré que traigan la pantalla de mi apartamento, así que si quieres te puedes llevar este trasto a tu dormitorio.

Brooke lo miró enarcando las cejas.

—¿Vas a traer aquí tus cosas?

—Creo que ya había quedado claro, ¿no?

—No —le respondió a la defensiva—. ¿Cuánto vas a quedarte? ¿Por qué no te compras otra casa para ti?

—Porque tengo el mismo derecho que tú a estar en esta casa —le repitió molesto—. Creo que ya lo hablamos ayer.

Brooke se cruzó de brazos.

—¿Qué quieres? ¿Qué te compre tu parte?

Dan la miró pensativo. No era mala idea, pero no necesitaba dinero. Tenía bastante dinero ahorrado. Probablemente podría vivir sin necesidad de trabajar unos cuantos años, pero no le gustaba estar parado.

—No me interesa —le respondió volviendo a fijarse en la televisión—. Y mañana me suscribiré a algún canal de pago. También he pensado que la buhardilla me la quedaré yo para meter mis aparatos de gimnasio.

—Están mis libros —le respondió seria—. ¿Pero de verdad piensas quedarte aquí?

Dan la miró sin contestarle. ¿Cuántas veces más necesitaba repetírselo? Parecía bastante inteligente como para entenderlo a la primera.

Brooke dio media vuelta y subió las escaleras enfadada. Dio un portazo que retumbó en toda la casa y empezó a caminar furiosa de un lado a otro lado de la habitación. Poco después empezó a calmarse. Probablemente, eso era algo temporal, se consoló. Quizá no era el momento en el que las empresas hacían reportajes o fotos publicitarias de los famosos, pero en cuanto fuera el momento, Dan se iría y la dejaría tranquila otra vez, se consoló.



Era última hora de la mañana cuando el entrenador entró a la sala de profesores. Brooke estaba sentada en torno a la mesa ojeando unos apuntes y levantó la vista al verlo entrar. El entrenador Mitchel era un hombre bastante tranquilo y agradable. Le saludó con una sonrisa que se cortó de inmediato a ver quién entraba tras él.

Sus compañeras, Lisette Brennen y June Carroll dejaron olvidada la cafetera donde estaban preparando los cafés para ir a saludar a Dan con unas sonrisas radiantes. Oliver Palermo, el profesor de español que estaba sentado frente a ella, también se puso de pie para saludarlo.

Brooke no se inmutó. Cuando Dan reparó en ella, se limitó a levantar la cabeza a modo de saludo, gesto que él imitó sin perder la sonrisa. Brooke le miró desconfiada. Esa sonrisa no la lucía en casa.

—Sé que ya lo conocéis —les dijo el entrenador orgulloso—, pero hoy es la presentación oficial. Me jubilo al año que viene y Dan Sullivan está dispuesto a sustituirme.

Mientras sus tres compañeros celebraban la noticia emocionados, haciéndole varias preguntas a la vez, Brooke miraba boquiabierta a Dan que lucía una sonrisa de oreja a oreja y respondía, encantador y amistoso.

—Voy a prepararte un café, Dan —le dijo Lisette pasándose una mano por su larga y lisa melena rubia para asegurarse de estar bien peinada.

June le ofreció una silla para que se sentara a su lado y Oliver sacó una caja de galletas que guardaba celosamente en el armario y que nunca compartía con nadie, para ofrecérsela a él.

—Nos alegramos de contar entre nuestros profesores con una celebridad —comentó June—. Aunque en cuanto lo sepa la prensa esto se llenará de periodistas.

—Bueno, cuanto más tarden en enterarse, mejor —comentó Dan haciendo que Oliver soltara su móvil, incómodo—. No tenemos ninguna necesidad. He venido con tiempo para aprender lo que necesite del puesto, pero no será oficial hasta el principio del próximo curso.

¿De verdad que iba a quedarse en casa todo el verano? ¿Y el curso siguiente? se preguntó Brooke que aún no daba crédito a lo que había oído.

Miró a Dan. Mostraba su mejor sonrisa y con lo guapo que era no le extrañaba que Lisette y June pestañearan coquetas y sonrieran como quinceañeras. Hasta Oliver estaba sonriendo y compartiendo las galletas con él. ¿Cómo conseguía caer bien a todos? Quiso pensar que sus compañeros no estaban al corriente de lo que le había hecho a Erin McNamara en la universidad, o si lo sabían quizá se lo habían pasado por alto. Suponía que era cierto eso que se decía de que el tiempo curaba las heridas, y había llovido mucho desde entonces.

Dan la miraba de vez en cuando mientras hablaba con los profesores que había allí y con los nuevos que iban entrando conforme acababan las clases.

Cuando sonó el timbre al terminar la mañana, Brooke recogió sus cosas sin prestarle atención. Bastante tenía con tanta gente encantada de verle.

¿Por qué era incapaz de mostrarse agradable con él? ¿Por qué en cuanto lo veía, algo superior a ella le hacía atacar o estar a la defensiva?

Llegó a casa antes de lo que pensaba. No se había quedado a esperarlo. Quizá tuviera planes o los haría con Lisette y June. Subió a su dormitorio a ponerse ropa más cómoda y cuando bajó vio a Dan apoyado en la puerta con los ojos cerrados, otra vez. Le extrañó verlo así.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Dan la miró sorprendido. No sabía que ya había llegado.

—Sí —le dijo malhumorado.

Fue a pasar por su lado, pero ella se plantó en medio con los brazos cruzados impidiéndole subir las escaleras y buscando su mirada.

—¿No te parece que podías habérmelo dicho? —le acusó visiblemente molesta.

—¿El qué?

—Que ibas a ser el nuevo entrenador del instituto.

Dan se encogió de hombros sin darle importancia.

—Y que piensas vivir aquí.

—¿Otra vez vas a empezar con eso?

—Sí, porque te podías comprar una casa e irte a vivir solo.

Dan resopló, cansado. Lo que menos le apetecía era ponerse a discutir con nadie. Llamaron a la puerta y él fue a abrir.

—¿Señor Sullivan? —le preguntó un hombre con el uniforme azul marino de una empresa de transportes.

Dan asintió y el repartidor le dio para firmar un documento sobre una carpeta de metal, mientras le señalaba lo que ya estaban descargando de un camión.

Dan asintió mientras les abría la puerta. Brooke observó las cajas que otro par de hombres empezaban a entrar y a distribuir por el recibidor y el salón.

Por lo visto era real. Dan Sullivan se iba a instalar definitivamente en la casa. No podía ser cierto.

Cuando se quedaron a solas entre casi una docena de cajas, Dan fue directo a las de menor tamaño. Abrió una de ellas, contenía pesas y piezas de algún aparato de gimnasio y la dejó donde estaba. Abrió otra y con una sonrisa de alivio sacó una botella de Whisky. Evitó a Brooke y subió las escaleras para la sorpresa de su compañera de piso.

—¿Vas a dejar todo esto aquí? —le preguntó enfadada.

Solo recibió un portazo como respuesta. Resoplando, entró en la cocina dispuesta a seguir su horario de comida, rezando para que no se le indigestara. El sonido de su teléfono móvil la distrajo de su enfado. Era su madre. Sin duda ya se habría enterado de que Dan había vuelto.

—¿Estás viviendo con Dan Sullivan?

—Hola, mamá —le saludó a modo de respuesta.

—Brooke, te lo estoy preguntando en serio.

—Ya lo supongo —le contestó con una mueca mientras añadía unas semillas de sésamo a su puré de calabacín—. Sí, mamá. Se ha presentado aquí con el mismo derecho que yo a ocupar esta casa.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues qué voy a hacer. Nada... bueno, ahora comer.

—Brooke, ¿vas a vivir con él como si nada?

Y a trabajar con él, pensó Brooke molesta. Aún no entendía qué hacía en el instituto.

—No se me ocurre otra cosa —le respondió.

—Helga y Doris me avisaron de que había vuelto —le explicó—. Esta tarde en clase de pintura seguro que no se habla de otra cosa.

—Recuerda que me ibas a pintar un cuadro para la entrada —le comentó a su madre, intentando cambiar de tema.

—Sí, lo sé, pero no me distraigas... No me parece apropiado que vivas con él, Brooke.

—Mamá, ya somos mayores. Solo estamos compartiendo casa. Supongo que en cuanto empiece la temporada de beisbol se irá y solo volverá...

—¿Qué temporada? ¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Está saliendo en todos los medios. La última lesión de su rodilla se ha cargado su carrera deportiva.

Brooke frunció el ceño, extrañada. Dejó su plato sobre la encimera y abrió el ordenador portátil para buscar la noticia.

—No sabía nada.

—¿Pues de que hablas con él?

—No hablamos.

—No me digas que hacéis otras cosas.

—¡Mamá! —exclamó Brooke alarmada—. Es Dan Sullivan.

—Pues precisamente por eso. Es uno de los hombres más atractivos del planeta.

—No exageres... —empezó a leer las noticias que estaba viendo en la pantalla del ordenador—. Mamá, te llamo luego...

Brooke colgó a su madre para centrarse en lo que estaba leyendo. La noticia había saltado a primera hora de la mañana y estaba en todas las redes sociales con diferentes portadas y fotos de su éxito ya pasado. «El ocaso de un dios», «Dan Sullivan, la gran estrella del deporte trunca su carrera por una lesión en la rodilla», «Adiós a la carrera deportiva de un grande» ...

Brooke miró hacia la puerta. No le extrañaba que estuviera tan malhumorado. Pero quizá era algo temporal, pensó. No sabía si subir a decirle algo o dejar que fuera él el que se lo explicara. Nunca había sido buena consolando a nadie, pero la primera impresión que tuvo en las jornadas deportivas de primavera a las que había acudido, volviendo a Edentown después de tanto tiempo, habían resultado ciertas. Dan estaba solo y no tenía futuro en el deporte.

Supuso que debía ser muy duro cuando toda tu vida había girado en torno a ello. Comprendió que hubiera aceptado el puesto de entrenador en el instituto. Por lo menos había actuado con rapidez y había aprovechado su inmediata jubilación.

Subió las escaleras y fue hasta su habitación. La puerta estaba cerrada como suponía.

Llamó insegura.

—Dan... Dan...

—¿Qué? —preguntó él huraño al otro lado.

¿Cómo decírselo con suavidad?

—He visto las noticias.

El silencio como respuesta.

Dan suspiró. Más tarde o más temprano suponía que se haría público. Todo su entorno en la ciudad lo sabía. Ya le habían cancelado los contratos publicitarios hacía unas semanas. Las mujeres con las que se relacionaba ya habían dejado de buscar su compañía. Dio otro trago a la botella de whisky. Los que creía sus amigos habían dejado de llamarle. Había estado encerrado solo en su casa durante unos días para pensar qué hacer con su vida y finalmente se había escondido en Edentown, pero la noticia también había llegado hasta allí. Dio otro trago para digerir su amargura.

Podía seguir fingiendo que no pasaba nada. De hecho, lo hacía en cuanto salía por la puerta, pero en su habitación... en esa habitación de esa casa, solo quería dar rienda suelta a su

decepción y frustración.

—Lo siento —le dijo Brooke sin saber qué decirle exactamente.

Dan fue a contestarle que le dejara en paz, pero ni siquiera le apetecía abrir la boca. No soportaba la compasión de nadie.

Brooke volvió a bajar, esquivó las cajas para entrar en la cocina y comió sola tratando de digerir lo que iba a ser la convivencia a partir de ese momento.

Después de una provechosa tarde, inmersa en su curso a distancia y una ligera cena, subió a acostarse. Dan no había salido de su habitación más que para ir al baño. Supuso que su situación era difícil, pero recrearse en el dolor no le parecía una decisión inteligente.

Se durmió nada más meterse en la cama.

Todo estaba oscuro cuando abrió los ojos por un ruido que le había parecido oír. ¿La televisión estaba encendida? Recordó que Dan estaba en casa. Miró el reloj de su mesilla. Las tres de la mañana. Al día siguiente tenían que madrugar.

Bajó somnolienta. Dan estaba dormido en el sofá otra vez con la luz apagada y la televisión encendida. Vestido con solo unos pantalones de chándal. La botella de whisky vacía estaba a su lado. Se acercó a él. Tenía el ceño fruncido. Recordó el beso que le había dado la noche anterior y se sonrojó admirando su cuerpo. Esta vez no iba a acercarse.

—Dan —le llamó a dos pasos de distancia—. Dan, te has dormido.

Dan pestañeó extrañado. Abrió ligeramente los ojos y su mirada apenas se enfocó en la joven despeinada de pelo largo y suelto.

—¿Qué...?

Brooke apagó la televisión.

—Deberías irte a la cama —le recomendó—. Mañana hay clase.

Estaban a oscuras. Apenas entraba luz por las ventanas. Brooke, consciente de su intimidad, notó cómo un escalofrío recorría su cuerpo. No quiso entretenerse más, y volvió rápida a su dormitorio sin confirmar que él se hubiera levantado del sofá.



Cuando Brooke estaba recogiendo los restos del desayuno escuchó el agua de la ducha del cuarto de baño. Miró el reloj. Ella debía salir de casa en unos minutos si quería llegar paseando al instituto como hacía todos los días.

Quiso esperar a que bajara, no sabía muy bien por qué, pero él no parecía tener prisa por acabar. Poco después, salió de casa siguiendo su rutina.

Llegó al instituto dispuesta a combatir los nervios de los estudiantes por los últimos exámenes. Era una época bastante desquiciante en todos los sentidos, porque también le tocaba lidiar con padres molestos por las bajas notas de sus hijos, pero le gustaba esa adrenalina que sentía cada vez que cruzaba la puerta del centro.

Las clases habían empezado, cuando vio llegar a Dan desde la ventana de su aula con su exclusivo descapotable y con una sonrisa radiante.

Se sintió ridícula por haberse preocupado. Ahí seguía tan guapo, fingiendo que todo iba bien. Solo por unos segundos, volvió a sentir lástima por él.



El jueves por la tarde Brooke iba a ir a la inauguración de la exposición en la galería de arte, como todos los jueves cada dos semanas. Disfrutaba de esos encuentros previos al fin de semana, con más personas de su edad.

Se había puesto un vestido floral y se había maquillado un poco más que de diario. Cogió su bolso y bajó las escaleras.

Las cajas de Dan seguían donde se habían quedado nada más recibirlas y a ellas se habían añadido algunas más que habían recibido esa misma tarde. Apenas se podía salir y había que hacerlo esquivando cajas.

Estaba de buen humor y eso no iba a quitárselo nadie, decidió, pero no era su estilo callarse lo que pensaba así que subió de nuevo las escaleras y aporreó la puerta de Dan.

—¿Cuándo vas a quitar las cajas de la entrada y del salón?

No recibió ninguna respuesta.

—¿No me estás escuchando?

—¿Cómo no hacerlo? —le preguntó Dan saliendo del cuarto de baño a sus espaldas.

Brooke se giró sobresaltada. No lo había oído. Frunció más el ceño. ¿Qué tenía Dan en contra de las camisetas? ¿Por qué iba siempre con el pecho al aire? Hacía calor, pero no tanta, pensó molesta al reconocer una vez más su atractivo.

—¿Cuándo vas a quitar las cajas? —le preguntó—. No me gustaría tener que poner unas normas de convivencia, pero así no se puede vivir.

Dan se encogió de hombros acercándose a ella. Brooke no se movió. ¿Por qué se acercaba tanto? ¿Qué pretendía?

—¿Sales con alguien?

Le extrañaba porque pasaba las tardes en casa entre libros y el ordenador, y apenas recibía visitas ni amigos.

Brooke irguió su espalda orgullosa.

—No. Una mujer puede arreglarse para ella sola sin motivo alguno —le respondió seria—. Es jueves. Hay exposición en la galería de arte de Bronwyn.

Dan asintió apretando los labios. Por una parte, le apetecía salir a distraerse, pero por otra, no se sentía preparado para contestar más preguntas de las que ya contestaba de diario a cualquiera con el que se encontraba.

Dio un paso adelante. Todavía era muy pronto para ver a sus antiguos compañeros del instituto, prefería encerrarse en su habitación con la botella. Afortunadamente había tenido la feliz idea de comprarse unas cuantas en su último viaje a la ciudad vecina para no dar qué hablar en Edentown. Beber era lo que más le apetecía, o por lo menos, lo único que hacía o se le antojaba hacer.

Brooke se ruborizó cuando Dan se acercó más a ella. No se movió, pero se echó hacia atrás extrañada, notando la puerta a su espalda.

—¿Qué haces? —le preguntó levantando una mano para apoyarla en su pecho. Su caliente, musculoso y duro pecho.

Una corriente eléctrica los recorrió a ambos. Se miraron a los ojos conscientes de ello.

—Solo iba a entrar en mi habitación —le indicó Dan sorprendido por la reacción de ella—. Estás en medio de la puerta.

Brooke se dio cuenta de la realidad de sus palabras, y sonrojada se hizo a un lado bajando la vista. Por unos segundos se había planteado la posibilidad de... no sabía qué. Se estremeció.

—Disculpa —murmuró—. Espero que empieces a quitar las cajas de abajo.

Sin volver a mirarlo se alejó de él y bajó las escaleras. Esquivó las cajas y agradeció la ligera brisa en su rostro.

Dan la vio alejarse desde su puerta. Estaba realmente guapa. Podría haberse ido con ella, pensó. No le apetecía ver a nadie más, pero estaba convencido de que, si hablaba con Brooke más de dos palabras, que era lo que parecía que podían compartir sin reproches, ella descubriría que no era tan tonto como parecía creer. Aceptaba que ella era muy inteligente y responsable y eso intimidaba a cualquiera, pero estaba seguro de que eran capaz de pasear juntos manteniendo una mínima conversación por lo menos, entretenida.



Estando en la sala de exposiciones, Brooke vio llegar a Dan con su mejor sonrisa. Al final había decidido salir, pensó. En cuanto entró por la puerta, su amigo de siempre, Chris Bertie, se le acercó ofreciéndole una copa de vino blanco.

Brooke se obligó a observar la fotografía que tenía frente a ella. Era interesante la composición de colores, el enfoque... volvió a mirar a Dan. Parecía que estaba en el instituto, tan rodeado de gente como siempre.

—Brooke, ¿qué tal llevas la convivencia con Dan? —le preguntó directa Jane Muldoon, la guapa bibliotecaria de Edentown, que se le había acercado acompañada de su amiga Shelby Payne, a la que ya se le notaban las semanas de embarazo.

Brooke volvió a mirarlo mientras saludaba con una sonrisa a sus compañeras del instituto. Jane tampoco había salido de Edentown más que para estudiar en la universidad, igual que había hecho ella. Shelby había vuelto hacía poco tiempo y había rehecho su vida personal y laboral allí, como parecía que quisiera hacer Dan.

—Bueno, supongo que podía ser peor —les respondió sin estar muy segura de su respuesta.

—Quien te iba a decir a ti en el instituto que ibas a vivir con él.

Brooke negó con la cabeza.

—Jamás lo hubiera imaginado, la verdad —comentó deseando cambiar de tema—. Hoy ha venido mucha gente.

Las tres amigas miraron a su alrededor. Bronwyn compartía confidencias y sonrisas con Dexter en lo que parecía una eterna luna de miel. A su lado estaba Cameron Lawrence, que también había estudiado con ellas, y su pareja y la escritora del momento, Nora Reaves, que acababa de publicar un *best seller* que había dado mucho que hablar y que soñar a muchas mujeres. Gwen Anderson, que seguro que era la que se había encargado de las orquídeas blancas que se veían por la sala, estaba hablando con Janice Templeton, la propietaria de la tienda de vestidos de novia y reciente organizadora de bodas en Edentown, Dave Moore, la pareja de Shelby estaba hablando con varios profesores del colegio y, diferentes jóvenes a los que no conocían estaban hablando animados entre ellos.

—¿Cómo están Laurel y Megan? —Brooke preguntó a Jane, por las amigas que sabía que acababan de ser madres.

Jane sonrió radiante.

—Felices y radiantes por poco que duerman —suspiró mostrándoles las fotos que tenía

en su móvil de los pequeños recién nacidos—. Dicen que «si Dios no te da hijos, el diablo te da sobrinos», así que me conformaré con ellos y con Pietro, el hijo de Peter e Isabella, mirad qué guapo está.

—Bueno, ya llegarán —la consoló Shelby mirando las fotos.

Jane resopló.

—No me digas que tengo que relajarme o que estoy obsesionada. Estoy cansada de escucharlo. Más que cansada. Esta angustia solo la conoce quien pasa por ella. Llevo dos años intentando quedarme embarazada y no hay manera. En ese tiempo, Megan ha tenido dos bebés, y Laurel uno. Los médicos nos han dicho que no ven ningún problema, que no saben por qué no nos quedamos embarazados ¿Así cómo voy a solucionar el problema si no sé dónde está?

Las dos amigas asintieron ante la pesadumbre que la bonita bibliotecaria compartía con ellas.

—Vaya, Jane, pero tampoco se te puede decir otra cosa... —le respondió Brooke—. Tú por lo menos tienes pareja.

El rostro de Jane se iluminó con una sonrisa pensando en Jared Jackson, el atractivo arquitecto que había llegado para hacer unas obras en el hotel y se había quedado al conocerla.

—Sí —sonrió—. Eso es verdad. Mirad en esta foto que guapo está Peter con el bebé.

Dan miraba a Brooke de vez en cuando. La veía sonreír a sus amigas. Parecía mucho más sociable que cuando estaba en casa con él. Los ojos le brillaban, parecía relajada y se le veía disfrutar del momento.

Miró a su alrededor mientras Chris, a su lado, le recordaba alguna de sus viejas historias del instituto. No parecía que en Edentown se viviera mal. Nada que ver con la ciudad, pero mucho más entrañable y cercano. Había gente a la que no conocía, antiguos compañeros de instituto, y todos parecían tener algo en común: la sonrisa. Parecían relajados y divertidos, sin excesos de ningún tipo. Simplemente hablando entre ellos, alternando con unos y otros. Realmente, todos parecían disfrutar, y él iba a formar parte de ese entorno por una temporada, pensó distraído.

Vio salir a Brooke poco después. Al día siguiente le tocaba dar clase. Pensó en seguirla. Quizá pudieran mantener una conversación mientras caminaban hacia casa. Dio un trago a su cerveza ¿Por qué quería hablar con ella? Realmente no tenían nada que decirse y probablemente le reclamaría por todas las cajas que aún no había recogido o por su costumbre de beber de más. Prestó atención a Chris. Era más cómodo seguir allí donde todos lo tenían por el jugador de beisbol exitoso que había sido.



Brooke se despertó sobresaltada. Miró la hora en el reloj digital de su mesilla y lanzó un exabrupto. Se había dormido. Apenas tenía media hora para prepararse, desayunar y salir corriendo. Con lo poco que le gustaba empezar así el día.

Salió corriendo de la cama y se duchó con rapidez. Se vistió y cogió sus zapatos antes de bajar a toda prisa al piso de abajo. Se empezó a poner uno de sus zapatos mientras caminaba hacia la cocina y perdió el equilibrio entre tanta caja y trasto por medio.

Intentando evitar una caja, cayó sobre otra más pequeña. Muy furiosa y mientras se llevaba la mano a la rodilla y al pecho, donde se había hecho daño, lanzó una colección de

improperios. Sabía que las prisas no eran buenas, y que la que se había dormido era ella, pero si no hubieran estado las cajas por medio, no se hubiera caído.

Entró en la cocina para ver a Dan tomándose con tranquilidad un café.

Dan fingió no verla. Había oído la retahíla de palabrotas que ella había dicho al caerse y no quería tener que darle la razón, aunque supiera que la tenía.

—Como no recojas todas esas cajas este fin de semana—le amenazó molesta—, las sacaré a la calle.

Dan ahogó una sonrisa. Era imposible que ella pudiera cargarlas, sobre todo la que contenía las pesas y el material de gimnasio. Resopló recordando que apenas había hecho ejercicio físico desde que estaba allí. Miró la hora mientras la veía coger una manzana y una barrita energética.

—¿Eso desayunas?

—Me he dormido —le dijo molesta—. No me da tiempo a prepararme el tazón de avena con plátano y pasas.

Salió sin demorarse más mientras seguía frotándose la rodilla.

Dan la vio salir. Tenían todavía diez minutos para llegar al instituto. Con su coche llegarían en cinco. Dejó la taza en mitad de la mesa y la siguió.

Subió a su coche y la encontró caminando a paso ligero nada más girar la esquina de la calle.

—Sube —le ofreció—. Llegaremos antes si vamos en coche.

Brooke levantó la ceja con ironía. ¿Subirse ella al descapotable de Dan Sullivan? ¿A qué estaban jugando los astros?

—Es sano hacer ejercicio —le respondió orgullosa.

—Lo sé —le dijo paciente—. Sube.

Brooke negó con la cabeza. Era cierto que llegaría antes, pero probablemente llegaría despeinada, se justificó a sí misma, su negativa a subir.

Dan la miraba divertido. Ninguna mujer se había resistido nunca a un paseo en su descapotable. Brooke era demasiado altiva y resentida, se dijo. Era capaz de llegar tarde con tal de no ceder ante él. Le siguió en paralelo a una velocidad mínima, por si ella se decidía a subir, pero un coche se le puso detrás y tuvo que acelerar para no dificultar la fluidez del tráfico.

Cuando Brooke llegó a la sala de profesores, Dan estaba tomándose otro café de la máquina junto a Oliver.

—Llegas tarde ¿te has dormido? —le preguntó burlón.

Brooke lo miró fríamente antes de elegir ignorarlo. Cogió los apuntes para su primera clase y salió con la cabeza bien alta.

A mitad de mañana, Brooke entró en el baño preocupada. El golpe de la rodilla se le había pasado, pero el del pecho no. Se aseguró de que no hubiera nadie y se palpó incómoda. ¿Qué esperaba encontrar? Se preguntó. Probablemente se hubiera clavado la esquina de la caja y lo que tendría sería un moratón a punto de salir, se respondió a la vez.

Un frío helador le recorrió el cuerpo. Su respiración se cortó en seco. ¿Qué era eso? ¿Qué tenía allí? ¿Un bulto? Empezó a resoplar mientras retiraba la mano. Probablemente se lo había imaginado. No podía ser. Sacudió las manos, nerviosa. Era imposible que tuviera nada. Sería consecuencia del golpe por caerse sobre las malditas cajas. Volvió a llevar la mano a su pecho. Ahí estaba. Notaba la pequeña protuberancia blanda. Tranquila, se dijo asustada. No tiene por qué ser nada... solo un pequeño bulto de grasa, pensó.

Se recompuso la ropa y aunque se notaba agitada, logró serenarse. Solo un bulto de grasa, se repitió. Algo normal, se trató de convencer. Pero pasó el resto de la mañana distraída y preocupada a partes iguales.

Cuando llegó a casa y esquivó furiosa las cajas, subió corriendo al cuarto de baño. Quería ver si el pequeño bulto correspondía a algún moratón fruto de la caída. Rezaba para que así fuera, pero no. Empezó a temblar. No había moradura. No se le notaba nada. Volvió a buscarlo. Estaba ahí. ¿Desde cuándo? Se preguntó asustada. ¿Y qué tenía que hacer al respecto?

Se dio todas las razones que se le ocurrieron para relajarse y que dejara de temerse lo peor. Fue a su dormitorio, abrió el armario para cambiarse de ropa. Se quedó allí de pie, parada. Sintió que las piernas le temblaban y volvió a repetirse las razones que le deberían hacer pensar que no tenía por qué ser algo grave.

Se sentó sobre la cama y resbaló por ella hasta el suelo. No podía ser cierto. Oyó a Dan en el piso de abajo y salió disparada.

—¡Recoge ahora mismo las cajas! —exclamó ante su mirada atónita, mientras bajaba las escaleras—. Estoy hasta las narices de verlas en medio.

Dan la miró sorprendido. No esperaba ese exagerado recibimiento.

—Me diste de plazo todo el fin de semana —le recordó serio.

—Me da exactamente igual —le respondió enfadada—. ¿Quién te crees que eres para venir aquí y dejarlo todo en cualquier sitio?

Dan resopló molesto, pasada la primera impresión.

—Vivo aquí, amargada —le respondió esquivándola.

—¿Amargada yo? —preguntó gesticulando—. Yo no soy quien se pega horas encerrada en la habitación bebiendo una botella tras otra. Solo quiero vivir en paz, tranquila. Lárgate de una vez.

Volvió a subir a su dormitorio fuera de sí, cerrando la puerta con rabia.

Dan la miró enfadado. ¿Qué bicho le había picado? Miró a su alrededor. Algo de razón tenía. Todo estaba revuelto por su culpa, pero había maneras más agradables de decir las cosas, justificó su incipiente enfado. Abrió la puerta de la nevera y resopló antes de volver a cerrarla. No había nada apetecible que se pudiera comer. ¿A quién quería engañar? Brooke tenía razón. Había estado amargado desde que había llegado, pero había decidido darse la oportunidad de que las cosas fueran diferentes.

La noche anterior había descubierto que no se estaba tan mal allí. Podría quedarse un tiempo. Además, aunque aún había quienes le miraban acusadoramente por lo estúpido que había sido en el pasado, había quienes le sonreían y parecían haber olvidado todo.

Miró a su alrededor. No iba a recoger las cajas en ese momento. Brooke podría creer que lo hacía porque ella se lo había mandado, y no iba a concederle ese placer. Las recogería cuando le diera la gana, probablemente el domingo a última hora de la tarde.

Era la hora de la comida. Le apetecía una hamburguesa rápida. Quizá le sirviera de despedida ante la vida absurda e irresponsable que había llevado desde que volviera a Edentown. Incluso podría despedirse también del idiota que había sido en su época de instituto y universidad. Erin, su eterna novia, había rehecho su vida y era feliz y con ello parecía haber facilitado las cosas para que dejaran de acusarlo con la mirada o a sus espaldas por el estúpido comportamiento egoísta que había tenido con ella y del que tanto se avergonzaba últimamente.

Estaba dispuesto a hacer que las cosas fueran diferentes. Quería darse una nueva oportunidad. Además, su cuerpo y su salud se lo agradecerían. Volvería a sus costumbres

saludables y a la comida sana... pero no a esas cosas inapetentes que Brooke tenía en la nevera. La estrella de beisbol, Dan Sullivan, había vuelto, se dijo satisfecho antes de salir de casa.



El domingo por la noche, Brooke bajó a la cocina, abatida. Había oído salir a Dan y sabía que estaba sola. No había salido de su dormitorio en todo el fin de semana. Había llorado, había tenido miedo, había intentado calmarse, se había preguntado una y otra vez por qué le tenía que pasar eso a ella, y solo había conseguido un insoportable dolor de cabeza y el ánimo por los suelos.

A ratos pensaba que quizá exageraba, que la probabilidad de salvarse de un cáncer de mama era cada vez mayor si se cogía a tiempo, y que incluso primero tendría que hacerse las pruebas que tuviera que hacerse para saber si era cáncer, pero conforme se animaba, el pesimismo y la negatividad volvían a adueñarse de ella.

Había pensado en llamar a su madre y contárselo, pero no quería preocuparla innecesariamente. Quizá solo era un quiste sin importancia. Quizá tuviera algo que ver que estaba próxima su menstruación. Quizá en una semana ya no tuviera nada.

Se fijó en que las cajas de Dan habían desaparecido. Su casa ya volvía a parecer un hogar, pensó mientras abría la nevera. Hizo una mueca. Tenía hambre, pero no tenía ganas de cocinar, y las pocas verduras que le quedaban necesitaban algún tipo de cocción. No quería hacerse una ensalada, ni una tortilla, ni un simple puré de calabaza. Y una manzana no le apetecía en absoluto. Tendría que haber salido a comprar el sábado por la mañana, se recriminó. Podía haberse comprado hummus o tofu, incluso algo prefabricado con soja texturizada. Cerró la nevera y se sirvió un vaso de agua.

Decidió acostarse enseguida con la idea de que la noche pasara rápido y la rutina de la semana la entretuviera lo suficiente como para no darle vueltas a la cabeza.

No oyó a Dan volver y los brazos de Morfeo la acogieron conforme apoyaba la cabeza en la almohada.



Dan se sorprendió al ver a Brooke en el instituto. No la había visto en todo el fin de semana ni para llamarle la atención por lo que hacía ni a replicarle por lo que dejaba de hacer, y verla sentada en su sitio de la sala de profesores, vestida nuevamente de negro y cabizbaja, le trajo malos recuerdos de sus años estudiantiles.

Se sentó frente a ella. Era lo bueno de ser el nuevo. No tenía ningún sitio fijo y podía ocupar el de cualquiera alegando desconocimiento.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

Brooke apenas levantó la vista para mirarlo. No tenía ganas de hablar con nadie y menos con él que siempre había sido un arrogante egoísta. ¿Quién iba a creer que se preocupaba por ella? ¡Por ella! Ya eran mayorcitos para andar con tonterías.

Sin responderle, se levantó y bebió el último sorbo de su taza de café. La enjuagó antes de salir y sin hablar con nadie cogió sus apuntes para la siguiente clase.

Dan la vio salir extrañado. Le había parecido que tenía ojeras y, sin embargo, hubiera

jurado que había pasado todo el fin de semana durmiendo. Quizá tuviera jaquecas o migrañas, pensó. Frunció la nariz con desagrado. Nunca había entendido su manía de vestir de negro cuando eran adolescentes. Creía que se le había pasado con el tiempo porque no recordaba haberla visto vestida de ese color desde que él había vuelto. Supuso que algo le ocurría, pero si no quería contárselo, poco o nada podía hacer.

Brooke esquivó a Dan toda la semana. En el instituto y en casa. Seguía dándole vueltas a su problema. Con los días, el bultito no había desaparecido. Seguía ahí, blando e incluso le parecía que se movía. No se había atrevido ni a buscar información en internet. No entendía por qué eso le estaba pasando a ella, que siempre había sido una buena persona, una gran profesora y una ciudadana comprometida con el medio ambiente y la igualdad de género. No le parecía justo.

Dan decidió dejar espacio a Brooke. Le extrañaba que no le dijera nada ni cuando dejaba la mochila del gimnasio al que había empezado a ir, en mitad de la entrada, ni aun cuando dejaba adrede las toallas en el suelo del cuarto de baño después de la ducha. Realmente no sabía qué hacer ante el triste silencio que irradiaba. Supuso que hablaría con su madre de sus problemas o con alguna amiga, pero tampoco le parecía que saliera de su habitación.

El sábado por la noche se había arreglado un poco más para ir al Shamrock con algunos amigos del gimnasio cuando se cruzó con Brooke en la cocina.

Brooke lo miró con el ceño fruncido. Debía de estar prohibido ser tan guapo, oler tan bien, no tener problemas... porque parecía que ya había superado su necesidad de beber alcohol por lo que llevaba notando esa última semana, que no había encontrado ninguna botella vacía.

Dan la miró serio. Estaba en pijama, con el pelo recogido y despeinado y sus, últimamente, habituales ojeras.

—Es sábado, ¿no sales? —le preguntó por decir algo, conociendo de antemano la respuesta.

—No —se limitó a responder mientras abría la nevera y trataba de ahogar un suspiro.

Le apetecía comer algo, pero no sabía ni el qué, y nada de lo que tenía en la nevera le parecía apetecible. La cerró resignada. Sábado por la noche. Se podía haber preparado unas palomitas y haber visto una película en la televisión, pensó.

Vio a Dan observándola desde la puerta.

—¿Qué? —le preguntó con una mueca.

—¿Estás bien?

—¿A ti qué te importa? —le preguntó para salir por su lado y volver a su habitación.

Se tumbó en la cama mirando al techo. No podía ser real lo que le estaba ocurriendo. Con lo tranquila que estaba... El bulto no había desaparecido. Suspiró. No podía seguir así porque sabía que no conducía a nada. Maldita fuera su suerte. Empezó a notar cómo la ira se apoderaba de ella.

Se levantó y empezó a caminar por la habitación furiosa. No había hecho nada por merecer algo así. Había sido muy responsable y estudiosa. No fumaba. No bebía. Estaba muy comprometida con lo que le importaba. No era justo. ¿Qué iba a pasar? ¿Se iba a morir ya? ¿Todo acabaría de repente? Sin hijos. Sin un marido.

Resopló. Nunca había querido hijos ni un marido. No se lo había planteado. Estaba acostumbrada a estar sola. Los hombres no hacían fila en su puerta precisamente. Algunas veces le habían dicho que era demasiado seria, demasiado formal ¿Y qué si lo era? La vida era algo serio.

Y para colmo tenía que convivir con Dan. Siempre perfecto. Siempre sonriente. Parecía

que nadie recordaba ya que había abandonado a su novia del instituto embarazada. Parecía que había asumido su nueva vida en Edentown. Y parecía que no se iba a mover de aquella casa. No era justo.

Esa noche tardó demasiado tiempo en dormirse.



La tarde del domingo Brooke decidió no salir de su dormitorio. Encendió el ordenador portátil con desconfianza.

Ya que el bulto no había desaparecido, quizá debía empezar a plantearse otras posibilidades. Quizá si exploraba sobre lo que podía pasarle, podría descubrir si tenía solución. O quizá podría tomarse las cosas de otra manera. Sentía cómo volvía a enfadarse ante ese imprevisto en su vida con el que no contaba.

Nunca había sido muy religiosa, pero se sorprendió rezando, pidiendo más tiempo, una nueva oportunidad. Leería más, aunque ya lo hacía, cuidaría más lo que comía, aunque ya había empezado a hacerlo, sería más amable con todos, incluso con Dan...

Pasó la tarde navegando entre diferentes páginas para acabar desanimada. El cáncer podía ser más invasivo o no, podría haberse extendido por su cuerpo o no, podrían extirparle un pecho o incluso los dos para evitar futuros problemas... ¿Qué haría? ¿Cómo le quedaría la ropa después de eso? Solo quería llorar.



El lunes por la mañana, Dan la estaba esperando en la cocina atento al reloj. Algo le pasaba a Brooke. Había pasado el fin de semana encerrada en su habitación, mohína y cabizbaja. Podían no llevarse bien, pero la conocía desde hacía demasiado tiempo como para no preocuparse mínimamente.

Si la hubiera dejado el novio podría entender que estuviera deprimida, enfadada o como fuera que reaccionaran las mujeres, pero había estado preguntando disimuladamente por ella a sus amigos y nadie supo decirle nada de su vida privada.

Ella lo miró con el ceño fruncido. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿A ti qué te pasa? —le preguntó más serio de lo que pretendía.

Brooke le hizo una mueca.

—Nada ¿y a ti?

—¿Qué no te pasa nada? Vete a engañar a otro —le dijo molesto—. ¿Por qué has vuelto a vestir de negro? ¿Por qué vas como alma en pena por la casa? ¿Por qué...

—Eh! A mí no me digas eso —se defendió furiosa—. Voy como me da la gana y hago lo que me da la gana.

—Pero si no haces nada —le reprochó enfadado—. No has estudiado en todo el fin de semana. Los libros están en el salón. ¿Qué te pasa? No me puedo creer que la perfecta Brooke Sawyer, haya pasado todo el fin de semana tumbada en la cama sin hacer nada, por placer.

Brooke parpadeó sorprendida. ¿Le había llamado perfecta? ¿A ella? ¿Qué pretendía? ¿Reírse? ¿Burlarse de lo que le pasaba?

—Tú eres idiota. Lo sabías, ¿verdad?

Dan se encogió de hombros, satisfecho porque ella empezara a reaccionar.

—Me lo han dicho varias veces... pero no lo soy tanto como para pasar un fin de semana encerrado en una habitación, sintiendo lástima por mí mismo.

—Ah, ¿no? ¿Te recuerdo cómo viniste a esta casa?

Dan le mantuvo la mirada. Ese comentario le había dolido. Tenía razón, pero él tenía sus motivos para estar así. Sin decirle una palabra más, salió de casa dirección al instituto.

Brooke lo siguió con la mirada. Quizá había sido demasiado directa... Se lamentó por el comentario hiriente, pero que Dan se estuviera burlando de ella no le había hecho ninguna gracia.

Malhumorada en general y decepcionada con ella misma, se fue a trabajar.

Al día siguiente Brooke colgó el teléfono móvil con un suspiro después de hablar con su madre. Se le había olvidado por completo que esa tarde era la presentación de la nueva novela romántica de Nora Reaves. Nora se había instalado en el pueblo hacía poco más de tres meses, y ya era como una más. Ella, además, la conocía porque era tutora de su hijo, Doug, que, contra todo pronóstico, iba a conseguir salvar el curso escolar que ya todos daban por perdido. Había hablado con ella varias veces al respecto, y consideraría una falta de respeto no ir.

Además, si no hubiera sido por el dichoso bulto, no se habría planteado faltar a la cita donde probablemente se reuniría media población femenina de Edentown.

Temía que su madre notara que estaba preocupada. Sabía que ya estaba empezando a sospechar algo porque llevaba sin verla más de una semana y la llamaba por cualquier excusa.

Resoplando subió al cuarto de baño para arreglarse y disimular sus ojeras con una buena capa de maquillaje.



Cuando Brooke llegó a la biblioteca, Jane estaba haciendo de anfitriona e indicando a los asistentes dónde sentarse ordenadamente.

Brooke vio a su madre hablando con sus amigas del club de lectura. Estaban en la primera fila. Sintió envidia de ella. Llevaba una vida tranquila pero muy social. Iba a pintar los lunes, a la biblioteca los martes, acudían a las exposiciones a media tarde cualquier día entre semana, siempre tenía algún plan con sus amigas...

Ella era más joven y con el trabajo ya tenía suficiente.

Vio a Nora hablando animada con Shelby. Sabía que Shelby había sido una de las razones por las que se había mudado a Edentown. Las dos amigas hablaban y sonreían cómplices. Ella tampoco tenía una amiga íntima. Sentía que podía hablar más o menos con cualquiera, pero echaba en falta esa complicidad que se podía tener con una persona o dos.

En el instituto solo se relacionaba con Dylan Blake, que había vuelto allí para ejercer como médico... su médico... Se sonrojó. ¿Cómo iba a decirle que tenía un bulto en el pecho? Ahogó un gemido. Todo se le complicaba cada vez más.

Jane había colocado dos sillas frente a todas las demás, junto a una mesa con la exposición de libros de Nora, incluido el último, que era del que más ejemplares había. Pensó en

comprarlo como recurso para dejar de pensar en lo que le estaba ocurriendo.

Cuando fue la hora exacta para que el evento comenzara, Jane abandonó su papel de anfitriona y le pidió a Nora que le acompañara al frente. Empezó a presentarla y a hablar de los éxitos de sus últimas novelas, mientras Shelby hacía fotos suponiendo que, para las redes sociales de la biblioteca, de Nora o de Edentown en general.

Brooke las miraba distraída. Parecía que la tristeza la había acompañado a la presentación. Gwen Anderson la saludó entre las presentes con su bonita sonrisa. Brooke la imitó. Gwen ni siquiera había salido de Edentown para estudiar, pensó, pero parecía muy satisfecha con su floristería y siguiendo el negocio de sus padres. Además, había encontrado pareja.

Ella había sido una de las muchas que se había apuntado al gimnasio por ver al nuevo entrenador de boxeo, pero Hudson Hughes no tenía ojos para nadie que no fuera Gwen y cuando lo aceptó, dejó de ir. Ya no había encontrado más aliciente para cansarse y sudar unas horas a la semana. Se alegraba por Gwen, pero... suspiró haciendo que todas las asistentes se giraran para mirarla.

Brooke se sonrojó, e improvisó una sonrisa como si hubiera estado prestando atención a la conversación entre las dos ponentes.

—Está claro que nos gustan las novelas románticas —comentó Jane divertida volviendo a mirar a Nora—. Hay una pregunta que debo hacerte y que ya intuirás cuál es... El protagonista de la novela es un constructor. ¿Te inspiraste en Cameron para escribirla?

Todas las asistentes se giraron para ver al final del espacio reservado para la presentación a Cameron Lawrence, que parecía estar visiblemente incómodo y trataba de distraer a su pequeña hija, a la que llevaba en brazos. Todos fueron testigos de las miradas de amor que Nora y Cameron compartieron, de su complicidad, de su confianza.

Erin McNamara entró en ese momento y se sentó en la última fila. Brooke la miró sin que ella se diera cuenta. La jefa de animadoras del instituto, la eterna novia de Dan, tan perfecta como él, y que, al final había acabado con Dylan cuando este había vuelto para ejercer como médico.

Todo el mundo parecía encontrar el amor. Todos menos ella, pensó molesta. Estaba de acuerdo en que nunca la había buscado, nunca había tenido esa necesidad, pero quizá porque estaba más sensible últimamente, echaba en falta ese confidente, ese amigo, ese amante que su pareja podía ser.

Volvió a suspirar haciendo que todas la miraran divertidas. Brooke sonrió avergonzada.

—Tengo ganas de leer el libro —disimuló mientras se recriminaba por no poder controlar sus suspiros.

Cuando acabó la presentación y todas las asistentes se pusieron en fila para comprar el libro dedicado, su madre se acercó a ella. Se había puesto un vestido floreado en blancos, naranjas y verdes, que le sentaba muy bien. Se parecía bastante a su hija, aunque Brooke tenía el cabello más oscuro.

—Cuántos suspiros, Brooke... —le comentó mirándola acusadoramente—. Dan Sullivan no tendrá algo que ver con ellos, ¿no?

—Pues claro que no —le respondió con una mueca.

—Entre que no te dejas ver, las ojeras que llevas y los suspiros, pensé que por fin te habías enamorado.

—No digas tonterías.

Su madre se encogió de hombros.

—No perderé la esperanza de que algún día conozcas el amor, cariño.

Brooke sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¿Se moriría sin conocer el significado de la palabra amor? No quería ni pensarlo.

En cuanto Nora le dedicó la novela, pensó en salir de allí sin despedirse de nadie. Solo quería meterse en la cama y esperar que un día siguiera a otro.

—Brooke, hemos quedado ahora en ir a tomar una copa al Shamrock, aprovechando que los papás de las que tienen hijos —señaló a unas cuantas jóvenes— se encargan de ellos.

Brooke la miró sorprendida.

—Pero si es martes... mañana hay clase...

Jane se echó a reír.

—Me has hecho rejuvenecer diez años... ahora eres la maestra, no la alumna... y un día es un día, vámonos.

Gwen se acercó a ellas hablando con Bronwyn y Valerie Campbell, otra compañera del instituto que también había vuelto.

—Vamos, Brooke —le animó Gwen con su dulzura habitual.

Brooke no tenía ganas, pero se dejó llevar al no encontrar una excusa lógica que justificara su ausencia.

Tres horas más tarde y con alguna copa de más, Brooke abrió la puerta de casa ligeramente mareada. Habían bebido, hablado de todo un poco y reído mucho e incluso habían cantado al ritmo de la música, o eso quería creer. No recordaba habérselo pasado tan bien desde hacía muchísimo tiempo.

Estaba decidida a aprovechar la vida, a disfrutarla, a dejar de ser tan responsable y pensarlo todo tanto. Cerró la puerta a sus espaldas. Total, ¿de qué servía hacer todo como se supone que se debe hacer si de repente puedes morirte? ¿Qué te queda? ¿Qué le quedaba a ella? Sí, muchos títulos académicos, pero ¿qué más? Estaba dispuesta a que las cosas fueran diferentes.

A duras penas pudo subir la escalera que no paraba de moverse mientras se reía despreocupada arrastrando el bolso y recordando el debate que se había generado entre ellas sobre si las mujeres podían dar el primer paso para acostarse con un hombre que les gustara. Gwen y no recordaba quién más, defendía la postura tradicional, Jane y... algunas otras, la contraria, y entre comentarios, cotilleos, y más copas, el tiempo había pasado rápido.

Dan salió de su dormitorio extrañado al oír tanto ruido y risas sofocadas proveniente de las escaleras. Vio a Brooke caerse de rodillas en cuanto llegó al pasillo. Fue a acercarse preocupado, pero ella se empezó a reír a carcajadas quitándose las sandalias de tacón a duras penas. Casi no la reconocía tan sonriente y relajada.

—¿Has bebido? —le preguntó sorprendido.

Brooke lo miró tratando de enfocar la mirada en la oscuridad del pasillo.

—Shhh!!!! —le respondió empezando a levantarse—. No se lo digas a nadie.

Dan se acercó para ayudarla y ella se dejó ayudar apoyándose en él.

—Que tengas este cuerpo no es excusa para ir siempre sin camiseta —le susurró arrastrando las palabras mientras todo le daba vueltas—. Eres muy cruel... ¿lo sabías? No es buena idea ver y no tocar...

Dan sonrió divertido sin dar importancia a sus palabras. Olía a alcohol y a flores frescas. La acompañó a su dormitorio. Brooke se dejaba llevar riéndose y murmurando palabras

inconexas.

—Tú sabes que mañana hay clase, ¿verdad?

—Shhh! Una noche es una noche... Hagamos una locura, Dan —le propuso pasándole los brazos alrededor del cuello—. Vamos a dejarnos llevar... Nadie tiene por qué enterarse —le buscó los labios encontrándolos en el primer beso.

Dan apenas intentó resistirse, y entre sonrisas y sujetando a Brooke con firmeza, la llevó a la cama de su dormitorio. La luz de la luna se filtraba por las cortinas llenándolo todo de sombras. Brooke no lo soltó. No pensaba, solo sentía su calor, su cuerpo firme junto al de ella, su piel ardía, su corazón latía desbocado. Lo abrazó con más fuerza haciéndole caer sobre ella. Quería divertirse, quería sentirse viva.

Dan, risueño, le sujetó las muñecas para alejarse de ella.

—Brooke, has bebido. Mañana te arrepentirás de esto —se resistió.

—No digas tonterías —le dijo ella buscando sus labios mientras él trataba de incorporarse—. Somos adultos... —un pensamiento cruzó su mente llenándola de inseguridad— ... ¿Es porque soy yo?

Dan dejó de sonreír. Brooke lo miraba con los labios temblorosos.

—Por favor, Brooke, así no se hacen las cosas... —¿de qué le acusaba?—... No puedes decir en serio que quieres acostarte conmigo.

Brooke se incorporó totalmente avergonzada y confusa. ¿Qué esperaba? Era Dan Sullivan, la estrella de beisbol... y ella... ella...

—Disculpa... no pretendía...

Dan se sorprendió al ver la expresión de su cara de total abatimiento y vergüenza.

—Escucha, aun a riesgo de que mañana me lo restrigues en la cara, te diré que nada me gustaría más que acostarme contigo —le aseguró—. Pero preferiría hacerlo cuando fueras totalmente consciente de lo que haces.

Brooke asintió levantándose humillada.

—Sí, ya... claro... disculpa... no quería obligarte... no sé en qué pensaba...

Dan la miró incómodo. Por supuesto que quería acostarse con ella. Sería increíble hacerlo. Sería un sueño que la chica más inteligente del instituto estuviera dispuesta a acostarse con él, que solo podía presumir de cuerpo.

—No quiero que te arrepientas —le dijo serio. Podía soportar su actitud despectiva con respecto a lo que había hecho con su vida, pero no estaba seguro de poder soportar de ella el desprecio por lo que él era... un hombre... simplemente.

Brooke no levantó la vista. Asentía sin mirarlo buscando el pijama.

—Brooke... —se acercó a ella por la espalda.

Ella se quedó quieta. Lo sentía muy cerca, demasiado. Pero las cosas habían quedado claras.

Dan se sentía entre la espada y la pared. No esperaba esa decepción dibujada en su cara, esa tristeza en su mirada. Eran adultos, se repitió lo mismo que ella había dicho. Dio un paso hacia ella luchando con su autocontrol. Brooke notaba su cercanía. Su piel se erizó. Dan le acarició los brazos con suavidad. Su aliento le rozaba el cuello.

—Brooke... no quiero que te arrepientas...

Ella se giró hacia él. Sus miradas se encontraron. No iba a arrepentirse. Se fundieron en un beso apasionado, hambriento, desenfrenado. La ropa les sobraba. Todo eran besos y caricias ardientes. Los dos querían más. Lo querían todo. Dan la desnudó, la llevó hacia la cama...

—Un momento... —suspiró sin dejar de besarla—. ¿Tienes protección?

Brooke parecía no escucharle. Con los ojos cerrados, se había entregado totalmente al beso y al momento que compartían. Dan hizo acopio de su fuerza de voluntad.

—Un momento —le susurró apartándose de ella para ir corriendo a su habitación.

Cogió un preservativo de la mesilla y volvió al dormitorio.

—Creía que...

Brooke se había quedado dormida plácidamente con una expresión relajada en su rostro. Dan ahogó una mueca de frustración y tras soltar un suspiro se sentó en la cama junto a ella mientras la miraba. Quizá era lo mejor, pensó resignado, Quizá así evitarían algún momento incómodo a la mañana siguiente. Había estado tan cerca de rozar el cielo, sintió. Se levantó. La cubrió con las sábanas y antes de volver al dormitorio decidió que una ducha fría le aliviaría la tensión que aún sentía en su cuerpo.



A la mañana siguiente, Dan no vio a Brooke hasta que no llegó al instituto. La vio sentada en su sitio habitual en la mesa de profesores con el ceño fruncido y la mirada baja evitando mirarlo. Apenas lo saludó cuando pasó por su lado antes de ir a su primera clase.

Dan no sabía cómo tomárselo, pero no era el mejor sitio para hablar de lo ocurrido la noche anterior... o de lo que no había llegado a ocurrir.

Brooke evitó a Dan toda la mañana. Bastante tenía con el molesto dolor de cabeza que parecía empeñado en acompañarla a todas las clases.

Le hubiera gustado sentir una mínima vergüenza por las ardientes escenas que se sucedían en su mente del encuentro con Dan, pero lo único que sentía era rabia y frustración por no recordar cómo había acabado la noche.

Solo recordaba besos, caricias, ansiedad, pasión y, de repente, había amanecido. Siempre había pensado que una noche con Dan Sullivan sería memorable y, sin embargo, parecía que en eso también estaba confundida. Pero, por supuesto, no iba a hablar con él sobre el tema. Tenía vagos recuerdos sobre su desinterés en acostarse con ella. Encima de que parecía que le había hecho un favor, no era cuestión que le dijera que no era capaz de recordarlo, se reprochó molesta.

Estaba decidida a disfrutar de la vida y si daba tantas vueltas a las cosas, no iba a conseguirlo, así que empezó a hacer una lista de cosas que no había hecho y quería hacer antes de... antes de... que sucediera lo que fuera a suceder.

Después de las clases, cuando Dan llegó a casa, abrió por costumbre la nevera. Sabía que no iba a encontrar nada apetecible y, pese a que sabía que no podía seguir comiendo fuera de casa, aún no se había decidido a hablar con Brooke sobre ello.

Estaba claro que iban a convivir bastante tiempo y había cosas que debían dejar claras al respecto, como la compra, las comidas o la limpieza. Ya no eran universitarios como para no asumir sus responsabilidades al respecto.

Parpadeó sorprendido cuando vio la nevera repleta de quesos, yogures, comida precocinada y diferentes salsas. ¿Qué había ocurrido? Fue al armario donde alguna vez había encontrado insulsas galletas de avena, y lo abrió. Estaba repleto de bollería industrial de todos los colores y sabores. No pudo evitar una mueca. Todos los extremos eran malos. ¿Qué estaba ocurriendo y qué se había perdido?

Fue al salón donde sabía que estaba Brooke. La encontró sentada frente al televisor con el mando en la mano, cambiando los canales de televisión.

—¿Qué te ocurre?

—¿Por qué iba a ocurrirme algo?

—La nevera está llena de comida normal, el armario repleto de bollería industrial y tú no estás estudiando ¿Te encuentras bien?

Brooke lo miró seria. Parecía preocupado de verdad, pensó. Pero no le importaba lo que pensara. No tenía por qué darle explicaciones. Se sonrojó cuando un par de escenas de la noche anterior aparecieron por su mente. Volvió a mirar la televisión sin responderle.

—Brooke... —insistió.

Brooke resopló molesta mientras se levantaba. No quería hablar del tema. Bastante mal se había sentido comprando todo eso sabiendo que muchas de las cosas eran perjudiciales para su salud. Pero ¿de qué le servía cuidarse si de la noche a la mañana le salía un bultito y... a saber lo que le podría pasar?

—Déjame en paz —murmuró pasando por su lado.

Él la vio salir de casa confundido. ¿Por qué se comportaba así? Creía que la convivencia entre los dos se había relajado. ¿O estaba así por lo ocurrido la noche anterior? ¿Y por qué ella no le preguntaba si quería saber algo? Resoplando, volvió a la cocina para prepararse algo para comer. Tendría que encargarse él de hacer la compra alguna vez porque no estaba dispuesto a comer comida basura y si ella estaba dispuesta a hacerlo, por no sabía qué motivo, le tendría que hacer cambiar de opinión.

Brooke había empezado a caminar en dirección al lago cuando se dio cuenta de que estaba, otra vez, dándole vueltas al tema en el que no quería pensar. Quería ver la televisión y que los días se sucedieran uno detrás de otro. No quería pasar los días rumiando sobre sus problemas. No quería ir al lago. Quería encerrarse en casa. Volvió sobre sus pasos dispuesta a hacerlo.

—¿Qué es eso? —le preguntó Dan conforme la oyó entrar por la puerta.

Brooke supuso que se dirigía a ella. Entró en la cocina sorprendida por el olor tan agradable que salía de allí. Lo miró y él le señaló el portátil sobre la encimera.

—¿Qué es qué? ¿Mi ordenador?

—¿Por qué estás buscando información sobre el cáncer de mama?

—A ti que te importa —se sonrojó, sorprendida.

Dan resopló mientras daba vueltas con una cuchara de madera a las verduras que estaba cocinando.

—Me hubiera creído que fueras a organizar charlas informativas, organizar una colecta en la fiesta de fin de curso para su estudio o cualquier razón social que se te hubiera ocurrido, pero ya que no es por nada de eso ni, por lo visto, parecido, ¿me vas a explicar qué te ocurre?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque me da la impresión de que no se lo has contado a nadie —suspiró molesto.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Que no tienes a tu madre llamando a la puerta o que no recuerdo que hayas faltado al instituto para ir a alguna consulta médica.

Brooke le miró enfadada. ¿A él que le importaba?

—¿Qué te ocurre? —insistió.

—Pues ya lo sabes.

—¿Tienes cáncer de mama? —le preguntó serio dejando la cuchara sobre un plato y apagando la vitrocerámica.

Brooke se encogió de hombros.

Dan dio un paso hacia ella, ligeramente asustado. Brooke le mantenía la mirada, enfadada.

—Bueno, sabes que el índice de recuperación es alto, ¿no?

—Sí, eso he leído

—¿Lo has descubierto a tiempo?

Brooke se sonrojó. ¿Por qué parecía que le importaba? Dan esperó la respuesta, paciente.

—Déjame en paz —le respondió Brooke girándose, dispuesta a volver al salón.

—¿Qué ocurre? —le preguntó cogiéndola con suavidad por el brazo para detenerla.

—Que aún no sé nada —le respondió molesta soltándose cuando él aflojó la mano al oír su respuesta—. Estaba esperando a que el bulto desapareciera —empezó a notar cómo las piernas le temblaban—, pero no lo ha hecho. Sé que tengo que ir al médico, pero es que no quiero. Porque si voy, es como si aceptara que lo tengo.

Dan parpadeó asombrado y más serio de lo que pretendía.

—¿Me quieres decir que no sabes si tienes o no un cáncer? Pero... ¿tú te crees que, por no hablar de las cosas, estas desaparecen o qué?

Brooke se sonrojó. No estaba segura de si se refería a su bultito o al encuentro que habían compartido y que ninguno de los dos había mencionado. Salió de la cocina sin contestarle. Dan la siguió.

—Nunca hubiera pensado que eras una cobarde.

—Pues ya lo ves —sintió un nudo en la garganta.

—No, Brooke, ¿a qué estás jugando? De verdad.

Brooke lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Realmente parecía preocupado. En ese momento no se parecía al chico irresponsable y egoísta del instituto.

—Es muy fácil hablar desde tu posición. Lo tienes todo. Un descapotable, una carrera deportiva, éxito, caes bien, eres guapo, has viajado por todo el mundo ¿y yo que he hecho? Nada. No he salido de aquí.

—¿Quieres viajar? —le preguntó confundido.

—No. Sí. No sé. Me da igual. No he hecho nada con mi vida. Vivo en la casa que heredé de mi tía, y mi vida social se reduce en salir de casa para ir al trabajo.

Dan parpadeó sorprendido. ¿De qué estaba hablando?

—¿Como puedes pensar que no has hecho nada con tu vida? ¿Sabes el montón de estudiantes que habrán salido del instituto con ganas de salvar el mundo? Alguno lo hará y será gracias a ti. Y los que no lo salven, salvarán su relación, o su entorno o alguna causa social en la que se hayan metido porque tú les inspiraste. ¿Cómo puedes decirme que yo lo tengo todo, si estoy en el mismo sitio que tú con una lesión en la rodilla que ha acabado con mi carrera deportiva y eso a lo que tú llamas éxito?

Brooke le mantuvo la mirada.

—No seas exagerado.

—¿Yo? Tú tienes un bulto en el pecho y quieres preparar ya tu funeral. ¿Quién exagera?

Brooke se sonrojó.

—Me da miedo afrontar esto o no saber hacerlo —murmuró.

—Yo también pase miedo cuando todo acabó, pero mira por dónde fue un nuevo

comienzo, quizá a ti te pase lo mismo.

—¿Un nuevo comienzo sin salir de Edentown?

—Puedes salir cuando quieras, quizá un nuevo comienzo para tomarte las cosas de otra manera.

—Y ¿por qué iba a hacerlo?

—Porque estás viva. Porque quizá solo sea un bulto sin importancia, pero te ha servido de aviso para que reacciones y por ejemplo te permitas perdonar al resto de los mortales que también hacen cosas estúpidas como la que tú estás haciendo.

—Que dejaras embarazada a Erin y no lo reconocieras por motivos egoístas no es comparable con tener un bulto y no ir al medido.

—Exacto. No es comparable porque yo siempre fui un tonto egoísta y tú una mujer inteligente a la que daba miedo acercarse.

Brooke parpadeó incrédula.

—¿Te daba miedo acercarte a mí?

—¿Y que descubrieras lo tonto que era o lo mucho que me costaba memorizar los clásicos? Y a egoísta puedes añadirle lo orgulloso que soy. No iba a dejar que me humillaras con tu perfección.

—Pero si estabas con Erin.

—Erin era lo que se esperaba del capitán del equipo de beisbol. La traté como también se esperaba del capitán del equipo de beisbol. ¿Te he dicho que fui un idiota?

—Si, alguna vez.

—Pues tú compórtate con más inteligencia, por favor, y vete al médico.

Dan salió de casa sintiendo que, por una parte, se había quitado un gran peso de encima diciéndole todo lo que había guardado en su interior durante tanto tiempo, pero por otra, se sentía intranquilo por lo que Brooke le había contado. No iba a preocuparse por eso, se dijo. No hasta que no supiera lo que ese bulto era realmente, y aun si fuera lo peor, la posibilidad de sanación solía ser bastante alta. Era momento de ocuparse, no de preocuparse y estaría pendiente de que Brooke hiciera lo que debía hacer.

Brooke lo vio salir por la puerta, confundida. Se dejó caer en el sofá. ¿Qué acababa de ocurrir entre ellos? ¿Se habían sincerado? Dan tenía razón. Lo más inteligente era llamar al médico. Miró su móvil. Debería llamar a Dylan, pensó... pero bueno, podría hacerlo otro día...



Unos días después, Dan saludó con la cabeza a Dylan Blake cuando se cruzaron en el gimnasio. No le caía especialmente bien. En el instituto apenas habían intercambiado unas palabras, y cuando había vuelto unos meses antes para el evento deportivo que habían preparado en Edentown, incluso habían llegado a las manos.

Además, por entonces, Erin, su eterna novia, lo había elegido como pareja pese a que él le había pedido una nueva oportunidad. Una vez restablecido su orgullo, se alegró por ella. Supuso que había elegido bien.

Tenía que reconocer que, aunque Dylan no fuera de su agrado, era un buen hombre y parecía ser que también un buen médico. Les había pedido disculpas por su estúpido comportamiento, pero seguía notando cierta enemistad en el ambiente cuando se cruzaban y la

sensación parecía ser mutua.

Dan suspiró, tragándose su orgullo. Retrocedió sus pasos y fue ante él.

—¿Brooke ha hablado contigo? —le preguntó directamente.

Dylan Blake lo miró serio. Dan nunca le había caído bien, entre otras cosas por la prepotencia que transmitía a cada paso que daba.

—¿A ti que te importa?

Dan levantó las manos en señal de paz.

—Solo quería asegurarme de que lo había hecho.

Dylan lo miró desconfiado. No sabía nada de Brooke desde hacía unos días que habían coincidido en una de las exposiciones de Bronwyn y, desde luego, no habían hablado de nada importante.

—Puedes estar tranquilo —improvisó pensando en que la llamaría nada más salir del gimnasio.

Dan asintió.

—Ya le dije que no habría problemas y más si se descubría a tiempo.

Dylan asintió repitiéndose las palabras que Dan había dicho. ¿Qué le pasaba a Brooke?

Hudson Hughes, el musculoso dueño del gimnasio y profesor de boxeo se acercó a ellos.

—No voy a permitir que peleéis juntos —les recordó, molesto por una experiencia anterior.

Dan sonrió sarcástico y entró en la sala de boxeo mientras Dylan cambiaba de idea y salía por la puerta sacando el móvil del bolsillo de su pantalón de deporte.

—Brooke ¿estás en casa?

Brooke asintió extrañada. Hacía unos días que no hablaba con Dylan ni coincidía con él y le pareció una casualidad que la llamara justo cuando ella estaba aplazando el momento de llamarle. Decidió no preocuparse. Era imposible que supiera nada porque ella solo lo había comentado con Dan y que entre los dos se dirigieran la palabra, era impensable.

Quizá quería contarle algo importante, pensó. Quizá quisiera contarle que iba a pedirle matrimonio a Erin. Después de que más de medio Edentown vieran lo bonita que había resultado la boda de Dexter y Bronwyn a orillas del lago, sabía que Janice tenía la agenda llena para futuras celebraciones. Si era por eso, se alegraría por su amigo.

Dylan no tardó en llamar a la puerta, y su semblante parecía preocupado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó directo nada más verla.

—¿Con qué? —se retiró para dejarle pasar.

Ya no era el chico gordo con gafas que recordaba del instituto. Ahora era un hombre delgado, atlético y bastante atractivo.

—He visto a Dan en el gimnasio—. Me ha dicho...

Brooke se sonrojó sintiendo que la rabia se apoderaba de ella.

—No tenía que decirte nada...

—Más bien se le ha escapado... —reconoció con una mueca—, y yo no lo he sacado del error. No sé por qué había dado por hecho que me habías llamado y habías descubierto algo a tiempo ¿Tienes que contarme algo?

Brooke resopló mientras entraban en el salón y se sentaban en el sofá.

—Me ha salido un bulto en el pecho.

Dylan asintió con tranquilidad, pero vio que Brooke no pretendía seguir hablando.

—¿No pensabas decírmelo?

—Eres un hombre.

—Soy tu médico, y soy tu amigo —le dijo serio—. Brooke, por favor, no seas tonta. Seguro que has esperado a que desapareciera solo y como no lo habrá hecho habrás buscado en internet todo lo que podía ser y te has imaginado lo peor.

Brooke se sonrojó.

—No...

—No, qué va... —la interrumpió visiblemente molesto—. Te conozco desde hace tiempo.

Brooke bajó la mirada sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban tras las pestañas.

—Y tampoco se lo habrás contado a nadie y estarás todo el día dándole vueltas.

Brooke asintió tratando de contener las lágrimas.

Dylan resopló y la abrazó con cariño y confianza. Brooke rompió a llorar inconsolable. Dylan dejó que se desahogara sin decirle nada.

—Disculpa... —murmuró poco después secándose las lágrimas.

—Por favor, Brooke, no digas tonterías —le respondió molesto—. Pero te espero el lunes en la consulta. Ven en cuanto acabes las clases.

Brooke asintió más relajada. Dylan se apoyó en el respaldo del sofá.

—¿Qué tal lo llevas?

Brooke suspiró.

—Bueno —se encogió de hombros—... ahora me da por pensar en lo corta que es la vida y todo lo que no he disfrutado, y no hago más que comer lo que me apetece y hacer lo que me da la gana... más o menos.

Dylan la miró con una sonrisa. Le extrañaba que su amiga se comportara realmente así.

—¿Seguro?

—Nunca me había planteado que cualquier día todo puede acabar y me he dado cuenta de que me queda mucho por hacer.

—¿Por ejemplo?

—No sé... Disfrutar de la vida... Me da la impresión de que estoy siempre enfadada ...

Dylan la miró con una sonrisa comprensiva.

—¿Qué me quieres decir? —le acusó ella—. No estoy siempre enfadada. Solo me gusta que las cosas se hagan bien. Soy responsable...

—Bueno... ¿recuerdas cuándo íbamos al instituto?

Brooke asintió.

—Erin me dijo una vez que parecía que tú y yo estábamos enfadados con el mundo... Tú sigues intentando cambiarlo.

—Tú también lo haces. Lo cambias desde tu profesión... cuidas al mundo.

—Tú lo mejoras a través de tus alumnos.

—Entonces, lo estamos consiguiendo —le sonrió agradecida.

—Sí, pero toda la rabia que tenía contra Erin venía por no poder tenerla.

—¿Quién te iba a decir que vivirías con la jefa de animadoras?

—Tú estás haciendo lo mismo con el capitán del equipo de beisbol.

Brooke resopló.

—No me lo recuerdes... No es lo mismo.

Dylan se encogió de hombros.

—Sigo pensando que era un idiota en el instituto.

—Estamos de acuerdo.

—Pero quizá haya cambiado —le comentó Dylan a regañadientes.

—La gente no cambia —le aseguró Brooke tajante.

—Puede que sí —le llevó la contraria—. La vida le ha dado una cura de humildad... No parece que sea el idiota que era antes.

Brooke se encogió de hombros. Quizá tuviera algo de razón...

—¿Quieres tomar una cerveza?

Dylan asintió. Estuvieron casi una hora hablando de sus nuevos proyectos personales. Era como si el tiempo no hubiera pasado por ellos, o, pese a que lo hubiera hecho, siguieran manteniendo la misma confianza.

Poco después de que Dylan se fuera, Brooke, más relajada, se sentó en el sofá para esperar a Dan mientras veía la televisión. Lo oyó entrar.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó con fingida dulzura mientras iba a su encuentro en el pasillo—. Hoy ha venido Dylan.

Dan la miró sin comprender qué se escondía tras su extraño tono de voz.

—Y me ha dicho que casualmente se ha encontrado contigo en el gimnasio.

—Casualmente no. Nos vemos casi todos los días —le dijo dándole la espalda para ir a la cocina a beber agua.

—Bueno, pues a lo mejor eso no ha sido casualidad —refunfuñó Brooke siguiéndole—. Pero hoy habéis hablado.

Dan dio un trago a la botella de agua que había sacado de la nevera.

—Utiliza un vaso.

Dan ahogó una sonrisa. Ahí estaba la Brooke respondona a la que estaba acostumbrado.

—¿Me quieres explicar por qué le has contado lo que me pasaba?

Dan la miró confundido.

—Yo no le he contado nada. Fuiste tú a hablar con él, ¿recuerdas?

—No. No recuerdo porque no había ido todavía.

Dan resopló dejando la botella sobre la mesa.

—Me dijiste que ibas a ir... ¿A qué estabas esperando?

—No te enfades, porque la que debería estar enfadada porque vayas aireando mis problemas de salud por ahí, debería ser yo.

Dan la miró serio, con los brazos en jarras.

—Muy bien, Brooke, a ver si lo entiendes... o vas al médico esta semana o llamo a tu madre y también se lo digo.

Brooke lo miró alarmada.

—Ni se te ocurra hacer eso.

—Pues vete al médico y sal de dudas.

La esquivó para salir de la cocina, pero antes de llegar a las escaleras se giró.

—¿Qué te ha dicho Dylan?

Brooke lo miró seria. Parecía preocupado de verdad.

—Que vaya el lunes en cuanto salga del instituto. Se lo comentará a alguna compañera para que me haga la exploración ella.

Dan asintió y volvió a darle la espalda para subir las escaleras, pero en el primer escalón se detuvo y la miró.

—Si quieres puedo acompañarte.

Brooke le mantuvo la mirada extrañada.

—No es necesario... gracias...

Brooke lo dejó solo volviendo al salón a fingir que veía lo que fuera que estaba viendo, que ni recordaba que era.

Dan asintió. Subió las escaleras cabizbajo. ¿Qué esperaba? se preguntó. Que le dijera que sí, que corriera a refugiarse en sus brazos. Parecía que Brooke no iba a dejar de recordarle lo idiota que había sido en el pasado. Si no le daba la oportunidad ¿cómo podría demostrarle que había cambiado? ¿Y cómo se atrevía siquiera a pensar que alguien como Brooke podía sentir algo por él?

Dio media vuelta y volvió a bajar las escaleras. Necesitaba que le diera el aire y que se llevara esos pensamientos. Nunca se había sentido tan inseguro con nadie y era una sensación bastante molesta y desagradable.

Brooke oyó cerrarse la puerta y encogió sus piernas para abrazarlas. Estaba muerta de miedo. El lunes iría al médico y quizá le confirmaran sus terribles sospechas. No quería pensar en ello, pero no tenía escapatoria. Sentía el frío recorriendo su cuerpo y una sensación de mala gana en su estómago.



El domingo por la noche Brooke no conseguía conciliar el sueño. No dejaba de pensar en el día siguiente. El miedo se había apoderado de ella. Se sentía sola, pero se negaba a reconocerlo. Pensó en irse a dormir a casa de su madre. Ella la abrazaría y la cuidaría, aunque supuso que le tendría que dar alguna explicación al respecto de su presencia a esas horas.

Resopló molesta. Prefería estar enfadada que no tan sensible como notaba que estaba. Si por lo menos Dan siguiera comportándose como el idiota que era, tendría motivos de sobra para estar furiosa, pero últimamente parecía una persona normal, incluso responsable y atento.

Ya se habían acostado una vez, pensó... aunque no lo recordara... quizá si ella apareciera en su cama... solo quería un abrazo... él era un hombre... quizá no le importara abrazarla... solo eso...

Se levantó insegura. Le daba vergüenza pedirle un abrazo ¿y si se negaba? ¿Y si buscaba algo más? Bueno, siempre podría enfadarse y a él no le extrañaría, se justificó.

La casa estaba a oscuras y en silencio. Llamó a su puerta.

—Dan, ¿estás dormido?

—No —le respondió incorporándose mientras la veía entrar entre sombras.

Sabía que al día siguiente iría al médico sola, y no había podido quitárselo de la cabeza.

—No puedo dormir... —le susurró incómoda e insegura—. No es que quiera... yo no...

Dan levantó la esquina de la sábana invitándola con el gesto a meterse en su cama. Brooke fue hacia ella. Parecía que había sido fácil.

—Es que... —intentó justificarse mientras se tumbaba de espaldas a él.

—Shhhh... —le susurró él abrazándola por la espalda—. Mañana hay clase.

No quería que le diera ninguna explicación. Probablemente él le contestaría alguna estupidez y la haría salir corriendo, algo que no quería que ocurriera.

Brooke sintió su pecho desnudo en su espalda, sus brazos rodeándola, su aliento en la nuca.

—¿Estás desnudo? No sé si podré dormir...

Dan sonrió divertido.

—Te aseguro que si a alguien le va a costar dormir en este momento es a mí —le susurró —, pero hay que descansar.

Brooke parpadeó sorprendida. Parecía que le importaba lo que ella sentía.

Notó que el sueño y su calor la arropaban con ternura permitiéndole relajarse. No tardó en cerrar los ojos y dejar que sus miedos se disolvieran entre sus brazos.

Brooke se despertó en cuando amaneció. Pensó en quedarse en la cama hasta que Dan se despertara. Se estaba muy bien a su lado. Además, durante la noche había sentido unos cuantos besos en su hombro. Solo eso. Besos. Se giró con cuidado para mirarlo sin que se despertara. Los ojos cerrados, sus labios carnosos... Tan guapo. Tan atractivo. En esos momentos no se sentía una conquista más. Se sentía cuidada, protegida...

¿Quién le iba a decir a ella que iba a estar en la cama con el capitán del equipo de beisbol? Se extrañó por ese pensamiento. Él ya no era el capitán del equipo de beisbol. Ella ya no era la sabelotodo de la clase. Eran solo un hombre y una mujer, que daban clases en el mismo instituto... lo miró alarmada. ¿Se había enamorado de él? ¿Siempre lo había estado? Salió con rapidez de la cama. No podía ser. Necesitaba una ducha de agua fría.

Cuando coincidieron en la cocina poco después, Brooke se sonrojó, recordando sus últimos pensamientos.

—Gracias por lo de ayer.

Dan la miró extrañado mientras se servía un café.

—¿Me das las gracias por compartir la cama?

Nunca le habían dicho semejante cosa. No había pasado nada entre ellos.

Brooke se encogió de hombros. ¿Por qué tenía que hacerla sentir tan insegura?

—Necesitaba un abrazo —reconoció quitándole importancia y bajando la vista.

Dan la miró incómodo.

—Me gustaría que dejaras de verme como el idiota que fui en el instituto, Brooke. Soy una persona normal, con un pasado del que me avergüenzo en algunos aspectos, pero nada más. Solo una persona.

Brooke asintió manteniéndole la mirada. No sabía qué podía decirle al respecto. ¿Que había descubierto que estaba enamorada de él desde no recordaba cuándo? ¿Que porque él no se fijaba en ella, era por lo que estaba enfadada la mayor parte del tiempo?

Brooke fregó su taza y salió caminando hacia el instituto. Dan se quedó apoyado en la encimera unos minutos más y cogió las llaves de su descapotable para llegar al mismo sitio.



Brooke esperaba en la consulta de Dylan visiblemente incómoda y asustada. La había dejado sola por unos minutos para buscar a una compañera. Entró con Brenda Harris, la joven médica pediatra a la que solía ver algunos jueves en la sala de exposiciones.

—Brooke Sawyer, ella es Brenda Harris —les presentó—. Os dejo a solas para que habléis.

Las dos jóvenes se sonrieron mientras Dylan salía. La joven rubia de ojos claros y sonrisa amable dejó la carpeta que llevaba sobre el escritorio.

—Me ha dicho Dylan que fuisteis juntos al instituto —le comentó para relajar el momento.

—Sí —le respondió asintiendo—. Ha llovido mucho desde entonces.

—Sí... también me ha dicho que tenías un bulto en el pecho...

Brooke aguantó la respiración. Decir que sí implicaba aceptarlo, hacerlo real, posible.

—No tienes que preocuparte —le explicó ella sentándose en el sillón que había a su lado en lugar de tras la mesa—. No tiene por qué ser un tumor, ni tiene por qué ser maligno.

Brooke asintió con las lágrimas al borde de sus pestañas.

—¿No se lo has dicho a nadie?

Aunque su especialidad era la pediátrica, se encontraba con muchas personas a las que les costaba compartir sus miedos e ilusiones con los que los rodeaban.

Brooke negó con la cabeza, aunque inmediatamente pensó en Dan.

—Bueno, pues, antes de nada, vamos a ver qué tienes ahí —le señaló la camilla del rincón de la consulta casi totalmente escondida tras un biombo—. Desnúdate de cintura hacia arriba y exploremos.

Brooke obedeció incómoda y preocupada. Brenda fue segundos después y empezó a explorarle con mucha tranquilidad.

—No creo que haya nada de qué preocuparse, Brooke. No es muy grande, parece blando, se mueve... Voy a pedir que hagan una biopsia para asegurarnos y quedarnos tranquilas.

—Es que nunca me lo había notado antes... me asusté —se justificó.

—Y has hecho bien en venir —le respondió tranquila—. Para eso estamos los médicos. Es preferible venir y asegurarnos de que no es nada, a que estés dándole vueltas asustada a la posibilidad de desarrollar la enfermedad o morir...

Brooke se sonrojó. Era justo lo que estaba haciendo.

—Bueno... eso es inevitable...

Brenda la miró con una sonrisa.

—Todos nos moriremos tarde o temprano —asintió—, pero se trata de vivir sin miedo ¿no? Hay que disfrutar de la vida y si estos pequeños sustos nos ayudan a ver las cosas de otra manera, bienvenidos sean.

—Yo estaba muy feliz con mi vida —le respondió Brooke—. No necesitaba este susto.

Brenda le sonrió divertida mientras tomaba unos apuntes en la carpeta que había llevado consigo.

—Si Dan Sullivan estuviera en mi casa, yo también sería feliz.

Brooke le sonrió extrañada. Lo cierto era que se había sentido acompañada por él, algo que no hubiera imaginado nunca.

Poco después, Brooke salía de la clínica ligeramente esperanzada. Brenda le había transmitido mucha calma. Vio a Dan apoyado en su coche descapotable, aparcado en la puerta. Llevaba puestas sus gafas de sol. Tuvo que reconocer que la imagen era impresionante. Fue hacia ella, decidido.

—¿Por qué no me esperaste?

Brooke le miró extrañada.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Por qué te empeñas en hacerlo todo sola?

Brooke fue a replicar, pero vio que Valerie pasaba junto a ellos, mirándolos con curiosidad mientras les saludaba.

Brooke miró a Dan. Cualquiera que los viera podía sospechar que eran una pareja. Qué absurdo, pensó, pero, por otra parte, que bonito hubiera sido tener un hombro fuerte sobre el que llorar, o que con un beso te borrara cualquier preocupación. Debía volver a la realidad, se recriminó.

—¿Estás bien? ¿Quieres hablar? —le preguntó Dan mientras le abría la puerta del coche.

Brooke negó con la cabeza aceptando que él la acercara a casa. Brenda la había tranquilizado bastante pero no se sentía segura de nada.

—¿Quieres que vayamos a comer a algún sitio? Quizá te venga bien distraerte.

Brooke le miró confundida mientras él ponía el coche en marcha.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me vienes a buscar o pretendes distraerme de mis problemas?

Dan evitó mirarla y siguió con la vista al frente. Él tampoco tenía una idea clara de por qué lo estaba haciendo.

—Puede que anoche necesitara un abrazo, o que tuviera miedo, pero eso no te convierte en ningún caballero de brillante armadura.

Dan rio irónico.

—No pretendo ser un caballero de brillante armadura —le replicó con cierta amargura—. Es más, dudo que tú me permitas serlo, o que siquiera quieras tener a alguno cerca. Solo era una sugerencia, pero no te preocupes porque te vean conmigo. Vamos a casa.

Brooke miró al frente con el ceño fruncido. Ella no necesitaba a nadie que la rescatara de sus dragones. No era una damisela en apuros. A veces podía sentirse frágil, sola, vulnerable... pero solo a veces, y siempre había salido adelante.

Cuando llegaron, Dan subió directamente a su dormitorio. Brooke lo vio pasar por delante de ella y parecía que estuviera enfadado. ¿Y ahora qué bicho le había picado?

Dan empezó a pasear furioso por la habitación. No pretendía rescatar a nadie, solo quería acompañarla. Claro que podía pasar por eso sola, pero ¿por qué iba a querer hacerlo? ¿Qué trataba de demostrar? ¿A quién? Resopló molesto. Lo que fuera que sintiera se le estaba yendo de las manos. Brooke seguía haciéndole sentir torpe y estúpido, y no le gustaba en absoluto. ¿Pero qué podía hacer frente a eso? ¿Cambiar de casa? Si lo hiciera, probablemente los dos estarían más tranquilos, pero él también se sentía cómodo allí. Le traía recuerdos de su tío, siempre se había sentido aceptado por él sin condiciones. No quería irse, y por mucho que le molestara reconocerlo, no quería alejarse de Brooke.



Cuando Brooke entró en la consulta días después, Brenda ya la estaba esperando con la carpeta que empleaba para apuntar notas, abierta. La saludó con una sonrisa radiante.

Brooke la miró insegura.

—¿Esa sonrisa es un reflejo de mis resultados? —le preguntó esperanzada.

Brenda asintió.

—No hay nada de lo que preocuparse, Brooke —le confirmó mostrándole unos folios como si fuera a comprender los datos que reflejaban—. Es un fibroadenoma, bastante común en los años reproductivos. Reduce el consumo de café, té negro, chocolate y refrescos con cafeína, y cualquier día desaparecerá. Sigue revisándote, por si acaso, pero no tiene por qué dar problemas.

Brooke asintió emocionada sin poder leer nada de lo que reflejaba el informe que ojeaba.

—He exagerado un poco...

—Es normal que te preocuparas —le respondió Brenda, amable—, pero ahora ya puedes relajarte. No se lo he dicho a Dylan, pero estoy casi segura de que ya se habrá metido en tu expediente desde su ordenador para ver los resultados.

Brooke asintió agradeciéndole la confidencialidad y el trato recibido. Salió al pasillo y vio a Dylan apoyado en el mostrador. Se acercó a él. Dylan fue hacia ella fingiendo que no sabía nada. Brooke le sonrió todavía tensa.

—¿Erin ya te ha dicho que se nota cuando mientes?

Dylan se sonrojó asintiendo.

—Muchas gracias —le abrazó cariñosa.

Dylan le correspondió el abrazo, feliz y orgulloso.

—Me alegro muchísimo.

—Lo sé.

—Aún tienes mucha guerra que dar.

Brooke asintió emocionada.

—Qué susto me he dado...

—Haber venido antes —le recriminó amistoso—. Siempre crees que puedes con todo tú sola, y no pasa nada por pedir ayuda de vez en cuando.

—Ya me conoces...

—Seguro que no se lo has dicho todavía a tu madre.

—¿Para qué preocuparla?

Dylan negó con la cabeza y una mueca.

—Se lo contaré enseguida, ahora que sé que no hay ningún riesgo —le aseguró ella visiblemente aliviada.

Dylan le sonrió al verla alejarse de él. Respiró relajado y muy contento de que no hubiera sido nada importante.

Brooke salió con prisa de la clínica. Vio a Dan apoyado en su descapotable esperándola. Él le miró preocupado, tratando de descubrir sus pensamientos.

Ella sintió que la escena se repetía, que incluso le gustaba, que lo agradecía. Otra vez allí. Pero esta vez solo quería meterse dentro, esconderse, llorar por los nervios contenidos. Dan le abrió la puerta para que entrara y dio la vuelta para sentarse en su sitio y subir la capota del coche para conseguir más intimidad. Parecía que era lo que Brooke pedía a gritos.

—Vamos a casa —susurró mientras giraba la llave de contacto.

Brooke rompió a llorar inconsolable. Tenía tanta tensión acumulada, tanto miedo que liberar...

Dan, de nuevo, giró la llave para detenerse.

—No te preocupes, Brooke —intentó consolarla—. No estás sola. Saldremos de esta, ya lo verás.

No sabía si abrazarla o no. El coche no era el lugar más cómodo, pero le partía el alma verla así.

Brooke negó con la cabeza. Dan sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—No pienses tonterías. Haremos todo lo que haya que hacer, Brooke. Rendirse no es una opción. Esto no va a poder contigo.

Brooke volvió a negar limpiándose las lágrimas con la palma de la mano.

—No, Dan... todo está bien —le confesó—. Es un... fibroadenoma, creo que me han dicho ese nombre. No tengo por qué preocuparme... pero he pasado tanto miedo...

Dan suspiró aliviado, a la vez que se sentía ridículo. Puso el coche en marcha para volver a casa.

—Me alegro por ti —le confesó con sinceridad—. Podemos fingir que no ha pasado nada —carraspeó, incómodo.

Se había sentido demasiado vulnerable. Había sentido incluso miedo. Un miedo muy diferente al que había sentido cuando le habían dicho que su carrera deportiva había acabado.

—También ha sido bonito —le respondió con dulzura—. Parecía que yo te importaba.

Dan paró el coche junto al lago y la miró.

—Creí que ya te lo había dicho o que te había quedado claro. Me importas.

Y, por lo visto, no había sido consciente de cuánto hasta esos momentos de incertidumbre, ante esa posibilidad de perderla. La angustia había oprimido su corazón de una manera terrible y agónica.

—¿Sabes? —le preguntó Brooke—. Pienso que a veces nos preocupamos con cosas que no tienen importancia, cuando lo importante es que estemos vivos, y que aprovechemos el tiempo.

Dan la miró confundido. ¿Él le abría su corazón y ella hablaba de aprovechar el tiempo? Salió del coche furioso.

—Puedes irte andando a casa —le dijo—. No estás muy lejos.

Brooke lo miró extrañada y salió tras él.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué reaccionas así? Estábamos hablando.

Dan se paró y se giró para mirarla enfadado.

—No. Tú estabas hablando —la acusó—. Yo estaba... yo estaba... —resopló— poniéndome en ridículo. Como siempre contigo.

Brooke parpadeó confusa.

—¿Qué tonterías dices?

—¿Cómo lo haces, Brooke? —le preguntó— ¿Cómo te las apañas para hacerme sentir como un estúpido toda la vida?

Brooke lo miró sin comprender.

—Yo no...

—Tú sí —le dijo serio volviendo a andar hacia la tranquilidad del lago—. Te abro mi corazón, mi alma, y tú sigues, perfecta, en tu altar, mirándome por encima del hombro.

—¿De qué hablas? —le dijo Brooke corriendo hacia él y cogiéndolo por el brazo.

—Hablo de ti, Brooke, de que siempre te crees mejor que los demás, siempre tan perfecta, tan noble, tan responsable, tan sensata...

Brooke lo miraba conteniendo el aliento. ¿Acaso la veía así?

—No sé qué hacer para que me des una oportunidad, para que me veas como soy... No soy tan malo... Ya no bebo, he dejado la noche y las mujeres... ¿Qué más da si fui a la universidad por una beca de beisbol y no por mi inteligencia o mis estudios?

—Pero... ¿de qué hablas?

Dan la miró serio con los brazos en jarras.

—Hablo de ti y de mí, Brooke —le dijo manteniéndole la mirada—. La otra noche en la cama creí... pensé... sentí....

Dan se dio media vuelta y volvió a caminar hacia el lago. Se sentía tan vulnerable y

estúpido. Con lo adulto que era, con el éxito que había cosechado, con las mujeres con las que se había acostado, con el dinero que tenía... seguía sintiéndola inalcanzable.

Brooke lo miró incrédula y fue hacia él.

—Dan... ¿qué estás tratando de decirme?

—Tú eres la inteligente, averígualo tú sola.

—Dan —le seguía el paso a duras penas—... es que corres el riesgo de que piense que sientes algo por mí, y puede ser muy embarazoso para los dos, sobre todo cuando no es cierto.

Dan se giró haciéndola tropezar con él. La sujetó por los brazos para evitar que cayera.

—¿Por qué no va a ser cierto?

Brooke lo miró sorprendida.

—Pero tú eres... yo soy...

—¿Y?

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no?

Brooke negó con la cabeza.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Me estás diciendo que sientes algo por mí?

Dan asintió sin soltarla.

Brooke negó con la cabeza apartándose de él.

—¿Qué pretendes? ¿Qué te pasa? ¿Quieres reírte de mí? ¿Te parece divertido?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿De qué hablas?

—¿O es que te doy pena? No voy a morirme. Es un bulto sin importancia... Yo confié en ti, no sé por qué lo hice... Creí que habías cambiado...

Le dio la espalda y empezó a andar en sentido contrario. Dan la siguió.

—No me das pena ¿Por qué ibas a dárme la?

Brooke se giró furiosa.

—¿Te crees que no tengo ojos? Sé cómo son las mujeres que te gustan, guapas, altas, perfectas... No te he pedido nada. No me debes nada, pero no es necesario que te rías de mí, o que me hagas... sentir tan mal... soy una persona... —se secó con las palmas de las manos las lágrimas que corrían por las mejillas.

Dan la cogió por el brazo y la hizo girarse.

—¿No te crees que me gustas?

Brooke lo miró extrañada.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque me gustas, Brooke —le confesó—. Creo que siempre me has gustado, pero no era nadie a tu lado, siempre tan perfecta y responsable, me daba tanto miedo acercarme a ti para que no me hicieras sentir estúpido...

Brooke negó con la cabeza.

—Creí que me detestabas. Nunca me has mirado, ni me has hablado, ni me has prestado ninguna atención. Eres... mírate... mira todo lo que has conseguido con tu perseverancia, con tu talento... yo no he salido de aquí... no he salido con hombres... no soy tu tipo...

—¿Podrías darme una oportunidad?

—¿Yo?

—La otra noche... la primera que nos besamos... fue especial, Brooke. Creía que podría funcionar...

—¿Y por eso no lo quisiste repetir? —le acusó ella confusa.

—¿Quién yo? Creí que te habías arrepentido.

—¿De qué? —Brooke bajó la mirada.

—No lo sé, porque no pasó nada —le respondió Dan—. Fui a por un preservativo y cuando volví estabas dormida. No iba a despertarte. Estaba claro que habías bebido. No sabía si estabas segura de lo que estábamos a punto de hacer.

Brooke se sonrojó. Con razón no recordaba apenas nada de lo ocurrido.

—Claro que estaba segura. Claro que quería hacerlo... beber me dio valor para arrojarme a tus brazos o exponerme a que me rechazaras...

—Joder, Brooke ¿no me lo podías haber dicho claramente?

—¿El qué? ¿Qué quería meterme en tu cama? ¿Para que te pudieras reír de mí?

—¿Por qué iba a hacerlo? Brooke, déjame demostrarte que soy un buen hombre, aunque en el pasado hice muchas tonterías —le pidió—. Déjame demostrarte que podemos estar bien juntos. Me he acostumbrado a ti. Me encanta abrazarte por las noches, cruzarme contigo en la cocina por las mañanas, llevarte en coche, verte en el instituto... Creo que te amo, Brooke, aun a riesgo de que no me des una oportunidad, o te rías de mí... o me humilles por atreverme a aspirar a estar contigo.

Brooke sentía que las piernas le temblaban, que la cabeza le daba vueltas, que el corazón amenazaba con salirse del pecho. ¿Era verdad lo que le estaba diciendo? Mantuvieron la mirada, hablándose sin palabras. Brooke solo podía asentir con la cabeza. Dan la miraba lleno de dudas ¿Le estaba diciendo que sí? ¿Qué quería estar con él? Su corazón parecía estallar de alegría.

Dan la abrazó por la cintura y la besó en los labios apasionado, agradecido, enamorado, feliz.

—¿Crees que algún día tú también podrás amarme? —le susurró sin soltarla momentos después.

Brooke le sonrió ruborizada.

—Creo que llevo amándote toda la vida, aunque me empeñara en negarlo o lo disfrazara de desprecio por ti.

Dan sonrió satisfecho, orgulloso, y volvió a abrazarla.

—Te amo, Brooke, por fin puedo decirlo y gritarlo a los cuatro vientos —dijo en voz muy alta.

Brooke lo miró tímida pero tan orgullosa y satisfecha como él.

—Vámonos a celebrarlo todo —le sugirió Dan abrazándola con fuerza—. Que tú estás bien, que estamos juntos... Te invito a comer comida de verdad al Salt and Pepper.

—¿Comida de verdad? —le preguntó con una sonrisa.

—Bueno, ya hablaremos de lo que hay en la nevera —la cogió de la mano entrelazando sus dedos.

Brooke asintió con una sonrisa dejándose llevar. Le costaba creer que fuera tan afortunada.



Un par de semanas más tarde, el sábado por la mañana, Brooke colgaba satisfecha el teléfono tras hablar con su madre. Después de la bronca que le había echado días antes por no contarle su visita médica, le acababa de confesar su relación con Dan y casi podría asegurar que su madre había dado saltos de alegría. No era de extrañar. Ella se sentía felizmente enamorada.

Además, las vacaciones de verano comenzaban a sentirse en el ambiente, y en el ánimo de los estudiantes.

Brooke preparó el café mientras echaba un vistazo a los exámenes finales que tenía previsto corregir ese día. Parecía que las notas habían ido mejor de lo que se esperaba. Estaba satisfecha con el trabajo realizado y con el esfuerzo de los estudiantes.

Se sentía feliz. Dan todavía dormía en la cama. Oyó desde la cocina cómo le llamaban al móvil. Le extrañó una llamada en fin de semana tan temprano, pero se sentó para terminar de corregir los exámenes, centrándose en ellos inmediatamente.

Poco después, Dan bajó con vaqueros y una camiseta. Sonrió al verla tan eficiente, concentrada en su trabajo. Esa imagen le recordaba la época del instituto. Brooke con sus gafas y cabello oscuro centrada en los apuntes sobre la mesa. Aunque no recordaba haberla visto con tirantes como los que llevaba su minúsculo camisón. El mismo que horas antes le había quitado para hacerle el amor.

Brooke levantó la cabeza sintiendo su mirada.

—¿Qué? —le preguntó extrañada al verlo parado en la puerta.

—Voy a salir un momento —le sonrió mientras se acercaba a besarla en los labios.

Brooke lo vio salir. No se podía creer lo que le estaba pasando. Se sentía tan feliz, suspiró. Dan había resultado ser más cariñoso de lo que pensaba, más atento, más responsable... Incluso se había ofrecido a encargarse de la compra después del intento de discusión acerca de que la comida sana podía ser sabrosa. Lo cierto es que la había convencido rápido y habían celebrado el acuerdo entre las sábanas. Se obligó a centrarse para acabar cuanto antes y poder terminar también su propio trabajo de fin de curso del máster sobre igualdad de género.

En la cafetería pastelería de Carolyn, Dan no paraba de dar vueltas a lo que Violet Kudrow, su agente deportiva le estaba contando. La bonita mujer rubia, con la que se había acostado varias veces, le estaba proponiendo una nueva temporada deportiva en una liga menor. Volvería al juego, al entrenamiento diario, a las posibilidades de, quizá, volver a ser la estrella de otro equipo de béisbol. Una liga menor significaba ganar menos dinero del que estaba acostumbrado, pero, aun así, muchísimo más que lo que iba a conseguir como entrenador del instituto. Además de volver a la ciudad y a sentirse activo de nuevo.

Mientras apenas la oía hablar dando vueltas a su café, se fijó en que no había probado el *cupcake* al que le había invitado. Él ya se había comido el suyo. Brooke también se lo habría comido ya, sonrió al pensar en ella. Volvió a fijarse en Violet, tan elegante y sofisticada. Le costaba recordar que alguna vez le habían gustado las mujeres así.

Brooke iba a comprar algo dulce para celebrar que había terminado su máster y la corrección de los exámenes, cuando vio a Dan en una mesa en la cafetería pastelería de Carolyn. Se quedó parada con la mano en la manivela de la puerta.

La mujer que lo acompañaba y hablaba entusiasmada era preciosa. Rubia de ojos azules y pómulos altos. Delgada, con un vestido ceñido que muy pocas podrían llevar con tanta elegancia. Sintió como si un jarro de agua fría le hubiera caído encima por sorpresa.

¿Qué esperaba? Era Dan Sullivan. Volvería con esa mujer, a su antigua vida. La dejaría

tirada como había dejado a Erin, y como, seguramente, habría dejado a tantas otras. Ella era solo una más. Con las lágrimas amenazando con rodar incontrolables por sus mejillas, se alejó de allí. No tenía nada que celebrar, se dijo.

Dan llegó a casa poco antes de comer. Había pasado por la floristería de Gwen y llevaba un precioso ramo de rosas rojas. Brooke estaba sentada frente al televisor sin fijarse en lo que se emitía.

Dan se acercó a ella y cogiéndola de la mano la invitó a levantarse para darle el ramo de flores.

Brooke lo miró sin reaccionar. Nunca nadie le había regalado rosas rojas, y menos un ramo tan grande. ¿Se creía que así una ruptura dolía menos? No fue capaz de cogerlo. No quería ni mirarlo a la cara.

—Brooke, quería decirte...

—Ahórratelo —exclamó molesta alejándose de él para ir hacia la cocina.

Dan la miró sorprendido y la siguió con el ramo de flores.

—¿Qué te ocurre?

—¿Tú qué crees? —le preguntó enfadada.

—No lo sé, dímelo —le respondió extrañado.

—Te he visto, Dan, con esa rubia espectacular —le resumió—. Y ahora me traes unas flores ¿para qué? Quería que volvieras a la ciudad, ¿no?

—Sí, pe... —comenzó a decirle.

—¿Cuándo te vas? ¿Te crees que con un ramo de flores todo se soluciona? —le preguntó rota por el dolor tan inmenso que estaba resquebrajándole el corazón—. Creía que habías cambiado, que podías ser buena persona, pero sigues igual, sigues siendo el idiota egoísta que siempre has sido.

Dan la miraba sintiendo que el estómago se le encogía. Brooke lo esquivó para salir de la cocina y dejarlo allí. Solo. Miró a su alrededor. ¿Qué estaba haciendo allí realmente? ¿Qué tenía? Nada. Desolado, dejó el ramo de flores sobre la mesa y salió de casa dando un portazo. Apenas podía respirar. No sabía ni dónde ir. Brooke había dejado claro lo que pensaba de él. Qué estúpido había sido, se recriminó. ¿Por qué había creído que tendría un futuro junto a ella?

No sabía hacia dónde dirigir sus pasos. Quería estar solo y probablemente en el lago se encontraría con alguien, también en el bosque... o en el gimnasio... Resopló. Quería estar solo para lamer sus heridas, pero en Edentown era difícil sentirse así. Volvió sobre sus pasos.

Por unos momentos se había visto tentado de aceptar la oferta de Violet. ¿Pero qué le ofrecía realmente? Aplazar su declive, que se produjera poco a poco y siguiera en el ojo del huracán y seguido por los flashes de los periodistas esperando que volviera a caer.

Su carrera deportiva había acabado. Más tarde o más temprano iba a hacerlo, y justo en ese momento estaba la vacante que había aceptado en su antiguo instituto. Parecía que las estrellas se habían alineado a su favor y no quería desaprovecharlas.

Y estaba Brooke, suspiró. Había sido un idiota realmente pensando que podría estar con ella. Al principio se había empeñado en vivir en la casa solo por molestarla, pero en ese momento... no se imaginaba salir de allí, y hacia allí volvía. Y si Brooke quería estar sola, sería ella quién debería irse.

Brooke bajó enfadada a abrir la puerta. Era absurdo y estúpido irse de casa dando un portazo y no llevarse las llaves para tener que llamar al volver.

Abrió a punto de lanzar un exabrupto, pero se contuvo al ver a la espectacular rubia con

la que había visto a Dan. La mujer la miró sorprendida de arriba abajo con un sobre en la mano.

—¿Está Dan?

—No —le respondió cruzando los brazos altiva.

Violet asintió con una mueca.

—Supongo que tú eres una de las razones por las que Dan no quiere irse de aquí.

Brooke la miró confundida mientras sentía que se sonrojaba ¿Cómo que no quería irse de allí?

—Bueno, toma, dale esto por si quiere pensarlo —le tendió el sobre—. No es mala oferta y después nunca se sabe... yo creo que es mejor esto que entrenar un equipo de instituto y todo eso de ser importante para la comunidad... pero bueno, él sabrá.

Brooke cogió el sobre en silencio. ¿Dan pensaba quedarse? ¿Lo habría juzgado mal? Vio alejarse a la joven y subirse al coche rojo deportivo que había aparcado frente a su casa. Cerró la puerta y miró el sobre. Estaba abierto. Sabía que no era para ella, pero se vio tentada a ojear su contenido. Negó con la cabeza. No iba a hacerlo. Lo dejó sobre el aparador de la entrada.

Fue a la cocina y vio el ramo de rosas sobre la mesa. Acarició un pétalo con suavidad. Lo cogió e inhaló su aroma sintiendo que las lágrimas se agolpaban a sus ojos. ¿Qué había pasado? ¿Dan no quería volver a la liga profesional? ¿Quería quedarse con ella? ¿Prefería ser importante para la comunidad? ¿Se había equivocado al juzgarlo? Buscó un jarrón para llenarlo de agua y poner las rosas en la mesa de la cocina.

Oyó entrar a Dan por la puerta y se asomó desde la cocina mientras su corazón se aceleraba y las lágrimas volvían a agolparse entre sus pestañas.

—Tu amiga te ha traído un sobre. Está en el aparador.

Dan miró a Brooke ignorando el sobre. Se cruzó de brazos para enfrentarla.

—No pienso irme. Esta casa es tan mía como tuya. Si quieres, te vas tú.

Brooke asintió ruborizada, notando que su corazón latía con fuerza. No solo le parecía el hombre más atractivo del mundo, sino que sentía que realmente lo amaba.

—Perdóname... creo que me he equivocado...

Dan asintió serio, en silencio manteniéndole la mirada. Brooke sentía que le temblaban las piernas. No sabía cómo arreglar lo que le había dicho. La tensión se respiraba en el ambiente.

—Me dolieron tus palabras —reconoció Dan—. Me recordaron a lo estúpido que he sido siempre. Estoy tratando de que las cosas cambien.

Brooke dio un paso hacia él.

—No eres el mismo que se fue de aquí —le confirmó Brooke antes de bajar la mirada incómoda—, pero yo sí soy la misma... insegura, desconfiada, deslenguada...

Dan fue hacia ella.

—¿Qué tengo que hacer para que comprendas que te amo, Brooke? Que eres perfecta, que nunca habrá otra, que quiero quedarme a tu lado.

Brooke le miró a los ojos sintiendo la esperanza que veía en ellos.

—¿Besarme? —se atrevió a preguntar mientras su corazón amenazaba con salirse del pecho.

Dan sonrió aliviado estrechándola entre sus brazos con fuerza. La besó despacio, tierno, cálido. Brooke le devolvió el beso sintiendo, sabiendo, que una nueva vida comenzaba para ella. Para ellos.

Querida lectora:

¿Te ha gustado esta novela?

Me harías un gran favor si compartieras tu testimonio en las redes para ayudar a su divulgación.

¿Quieres conocer la historia de Dylan y Erin <https://amzn.to/3thfdj1> , o de Bronwyn y Dexter <https://amzn.to/2GHpBNf> ?

No te las pierdas. Si no las has leído todavía, búscalas en Amazon.

Otros libros de la autora

Una decisión afortunada. (Serie Edentown 1)

Laurel sabe lo que quiere. Nick cree que también lo sabe... hasta que conoce a Laurel.

Laurel Harding llevaba tiempo sin fijarse en ningún hombre, así que cuando un joven tremendamente atractivo sugiere la posibilidad de alquilar una habitación en Edentown de manera temporal, no duda en ofrecerle la que queda libre en su casa.

Mientras tanto, sigue esperando que los herederos del hotel en el que trabaja respondan al email que les ha enviado reclamando su atención y un aumento del presupuesto.

Nicholas Jordan es el encargado de comprobar que el hotel favorito de su abuelo, donde había decidido retirarse y pasar los últimos años de su vida, realmente cuenta con el potencial que la ambiciosa gerente y probable ex amante de su ancestro les manifiesta.

Llega a Edentown dispuesto a comprobarlo sin prever que ser fiel a sí mismo puede hacer que su vida salte por los aires, pero que no serlo puede que sea aún peor.

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2FcUyIF> y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

El triunfo del hogar (Serie Edentown 2)

Ella quería una familia, él quería un lugar para descansar.

Juntos descubrirán que deseaban lo mismo.

Megan Saint James está cansada de esperar a que su hombre ideal aparezca a lomos de un caballo blanco y le prometa felicidad eterna. Está dispuesta a crear la familia que no tuvo de niña, aunque tenga que hacerlo ella sola.

Keith Logan busca un lugar donde curar las heridas físicas de las que le han jubilado anticipadamente y las heridas del corazón, que le impiden volver a confiar en alguien.

Ella no quiere esperar más. El bastante tiene consigo mismo.

¿Podrá Megan posponer su decisión de ser madre? ¿Se atreverá Keith a olvidar el pasado y dar una nueva oportunidad al amor?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/3j5JAnC> y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

La protección que necesitaba (Serie Edentown 4)

Lacey está dispuesta a protegerse sola hasta que descubre que todo lo que le rodea está dispuesto a hacer lo mismo por ella.

Mike O'Roarke, un atractivo veterinario, ha dejado atrás la sociedad fría y superficial a la que pertenecía y que ha dañado su reputación.

Lacey Brown huye literalmente de un pasado de dolor y malos tratos concediéndose la

oportunidad para ser feliz, aunque no sepa realmente ni lo que es eso.

El bonito pueblo de Edentown les abre los brazos en cuanto llegan.

Lacey quiere adoptar un perro, pero el destino parece que le obliga a que aprenda primero a cuidarse ella misma.

Todo va bien hasta que el pasado llama a su puerta...

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/2OsK1tU>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!

De repente el Amor (Serie Edentown 5)

Ella le pedirá un favor que le cambiará la vida.

Él estará dispuesto a eso y a mucho más.

El único y querido hermano de Isabella es dado por muerto en un accidente de avión. Isabella abandona la obra misionera donde era voluntaria para cuidar a sus sobrinos, pero para conseguir su custodia debe tener un marido y una vida estable, algo de lo que carece totalmente. Amenazan con quitárselos y eso es algo que no está dispuesta a consentir.

Así que, sin perder más tiempo, agobiada y asustada, deja toda su vida y su país y se recorre medio mundo para pedirle matrimonio al mejor amigo de su hermano, un hombre al que nunca ha visto y del que no sabe nada.

Peter lleva una vida estable, cómoda, tranquila en Edentown, hasta que una bonita desconocida le pide un favor que puede cambiarle la vida.

¿Estará dispuesto a renunciar a la vida que conoce por una mujer de la que no sabe nada?

Descarga tu ebook hoy haciendo clic aquí: <https://amzn.to/36oeGTm>
y ¡descubre las bonitas historias de amor que suceden en Edentown!